
Marie Jose Devillard ()*

Parentesco y estrategias de reproducción social

Sevilla Guzmán situó el desarrollo de la sociología rural en el umbral de los años sesenta destacando el papel pionero y estimulante de los trabajos antropológicos, bajo el impulso de Redfield y de otros investigadores americanos como Steward y Wolf (1). También en España, la mayor parte de la documentación cualitativa y las primeras monografías han llegado de la mano de los antropólogos. Estas investigaciones, en su ritmo, densidad y grado de especialización, han seguido de muy cerca el desarrollo de la sociología y de la antropología social en el país como lo ilustra claramente el número creciente de contribuciones de profesionales españoles comparado con las de sus homólogos de otras nacionalidades. En este sentido, es obvia la relación existente entre esta evolución y el reconocimiento académico y la institucionalización de la enseñanza, tanto de la sociología como de la antropología social, en el ámbito universitario (2).

La sociología rural, al amparo de las principales teorías sociológicas, suele asignar a la estructura y organización familiar un papel fundamental en la reproducción social; así lo pone de manifiesto el que el grupo familiar esté comúnmente considerado como la *unidad básica* de la sociedad campesina; su análisis, más o menos sistemático, viene a ser parte obligada de todas las monografías relativas a la organización social.

(*) Universidad Complutense. Madrid.

(1) Sevilla Guzmán (1983).

(2) Frigole J., Narotzky S., Contreras J. (1983).

Como era de esperar, a medida que se iba desarrollando la disciplina, el estudio del parentesco se ha beneficiado de un proceso de creciente diversificación y profundización de la temática: paralelamente a la ampliación de las áreas estudiadas, se ha pasado progresivamente de las generalidades al análisis sistemático de los distintos componentes de la organización familiar, de la mera descripción cualitativa a su confrontación con datos cuantitativos, de lo ideal a la práctica, de la norma a la estrategia, de lo sincrónico a la reconstrucción de procesos.

Es un hecho habitual describir la sociedad rural española como organizada —de forma relativamente estable desde un punto de vista macrohistórico— en torno a dos, e incluso tres, tipos de comunidades. Entre los antropólogos, la división más común, la que opone el Norte al Sur, ha ido tomando consistencia bajo la pluma de Pitt-Rivers (3), enlazando —al modo de Redfield— el clima, el terreno, la densidad de la población y el habitat, las facilidades de comunicación, el nivel de las fuerzas productivas, la organización económica y la estratificación social, el régimen de propiedad, las modalidades de herencia, así como el temperamento y las costumbres de sus habitantes respectivos:

NORTE	SUR
Clima lluvioso	Clima seco
<i>Economía de subsistencia</i>	<i>Economía de mercado</i>
<i>Mano de obra doméstica</i>	<i>Jornaleros. Trabajo estacional.</i>
Dificultades de comunicación.	Facilidades de comunicación.
Habitat disperso.	Habitat concentrado.
<i>Propiedad familiar.</i>	<i>Latifundios/obreros sin tierra.</i>
<i>Unisucesión.</i>	<i>Sucesión igualitaria.</i>
Tenacidad y sagacidad.	Vivacidad.
Respeto de la tradición	Gusto por la novedad, el presente
<i>Matrimonio de conveniencia</i>	<i>Matrimonio romántico</i>
etc.	etc.

Aún destacando la gran *diversidad* intraregional de las formas de organización social, Lisón Tolosana contrastó también entre sí dos grandes «clusters of meaning» formados en torno a los sistemas

(3) Pitt-Rivers (1963: 19-25).

de filiación, de herencia y de residencia, con respecto a los cuales las diferencias se presentaban como *variantes* dentro de un *continuum* (4). Contemplado desde este nivel de generalidad, la organización social dominante en la mayor parte de Galicia, en el Norte Astur, en el País Vasco, en la Cataluña Vieja, en el Prepirineo Aragonés, en Baleares, se opondría de forma relativamente sistemática a la que se da de forma preponderante en Aragón, en ambas Castillas, en el País Valenciano y en Andalucía. Pero ¿hasta qué punto estas oposiciones se corresponden con una verdadera división de la realidad cultural peninsular?

Se observan características comunes en los estudios de los antropólogos que han contribuido con sus análisis a ilustrar y divulgar esta visión dicotómica de la sociedad rural española. Muy esquemáticamente diré que mientras la «familia» constituye un pilar fundamental en las investigaciones realizadas en comunidades enmarcadas en el tal llamado «Sur», el énfasis tiende a recaer en la «casa» en el Norte y Noroeste peninsular. Es más, como ya señalé en otro lugar (5), esta comparación tuvo durante un tiempo su paralelo en la composición interna de las monografías: frente al análisis de la estructura y estratificación social en el «Sur» (6), se nos presentaba más bien, en el extremo septentrional de la geografía, a grupos territoriales de mayor o menor amplitud (barrios, aldeas, valles, municipios y parroquias a los que siguieron posteriormente las provincias y regiones) en los que la «casa» constituían el primer y más importante peldaño (7). Asimismo y en contraste con lo que sucedió con respecto a estas últimas, el énfasis en la «estratificación social» suele haber ido en detrimento de una mayor atención a los usos sociales y mecanismos de reproducción doméstica.

Si bien resulta tentador concluir en pro de diferencias

(4) Lisón Tolosana (1974).

(5) Devillard (1985).

(6) Gilmore (1979); Luque Baena (1974); Moreno Navarro (1972); pero también Lisón Tolosana (1966); Mira (1973); Pérez-Díaz (1972); etc. (Aquí al igual que en las que siguen, las notas bibliográficas sólo tienen valor orientativo; el gran número de trabajos hace muy difícil hacer justicia a todos sus autores.)

(7) Cuyos prototipos e históricos predecesores son sin duda los estudios de Douglass (1970) y de Lisón Tolosana (1971).

culturales significativas, regionales e interregionales, ello no dejaría de constituir un juicio exageradamente simple. Indudablemente, son muchas las razones que contribuyeron a esta oposición, y faltan monografías para cerrar el tema (8). Un análisis pormenorizado de la cuestión tendría que tener en consideración —como consta en la citada tipología— los factores ecológicos, económicos, demográficos, etc., a los que cabría añadir, para no caer en un determinismo simplista, la peculiar impronta de los hechos y procesos históricos en cada ámbito local y regional (9). Pero también hay que contar con el ineludible sesgo del investigador al definir su objeto de investigación y al adoptar determinado enfoque. Su propia posición respecto *a* y *en* la comunidad (léase: pueblos, comarcas, o grupos étnicos, etc.), la preferencia por el análisis prolongado e intensivo, y la inmersión en los problemas y situaciones locales a la que aquél le obliga, no le predisponen y dificultan el perfilar con exactitud la complejidad y naturaleza real de los hechos estudiados (entendiendo por ello que escapan en mayor o menor medida a los únicos determinantes internos). Por otra parte, hay que contar con la marcada —y, durante mucho tiempo, predominante— influencia de la escuela estructural-funcionalista británica en la gran mayoría de los estudiosos ibéricos y extranjeros que se han interesado por España (10). Si bien ésta desempeñó un papel fundamental en la selección y desarrollo de la temática, ha tenido la consecuencia negativa de dar preponderancia al enfoque normativo, así como de centrar la atención sobre grupos diferenciados, descuidando correlativamente las relaciones *entre* los mismos (al doble nivel micro y macrosociológico).

El marco teórico estructural-funcionalista encontró además un fácil respaldo en la muy difundida convicción —más o menos velada— de que las comunidades campesinas según como se sitúen respecto a la engañosa dicotomía minifundio/latifundio, bien se organizan armónicamente en torno al campanario —dicho

(8) Luque Baena (1981: 17) señaló, por ejemplo, cómo la falta de representatividad de las investigaciones impide considerar sus conclusiones sobre la importancia de la familia nuclear válidas a nivel macroregional.

(9) García Fernández (1975, 1977); Sevilla Guzmán (1979); Luque Baena ya lo recordó con respecto a Andalucía (1981: 29).

(10) En relación a los estudios ubicados en Andalucía, véase Luque (1981: 22).

sea metafóricamente— o bien se estructuran única e inequívocamente a partir de la posición social tal como viene definida por la distribución de la tierra (11). Aún en este último caso, la predilección por el análisis de comunidad explica el que algún investigador haya encontrado dificultades para conciliar el tan indiscutido corporativismo y sociocentrismo (12) con un enfoque conflictivista, en comunidades donde las diferencias en la tenencia de la tierra son insuficientes para abogar por un auténtico antagonismo de clase a nivel interno (13). En realidad, contrariamente a lo que Sevilla Guzmán afirmó con respecto a la evolución general de los estudios de sociología rural tras las aportaciones de Steward, las investigaciones antropológicas sobre España han tardado varios decenios en incorporar en su problemática una mayor atención a la forma en que los procesos *internos* interactúan con los *externos*, o dicho de otro modo, a la *formación económica y social* en conjunto.

La paulatina influencia de los historiadores de la familia (entre los cuales hay que destacar la controvertida obra de Laslett) así como, por otra parte, los trabajos de autores franceses como Bourdieu, Godelier y Meillassoux, por citar solamente a los investigadores más conocidos del público español, han contribuido diversamente a que se planteen nuevas cuestiones. En una ruptura

(11) Curiosamente hay pocos estudios antropológicos realizados en comunidades localizadas en zonas que puedan considerarse predominantemente «latifundistas»; Luque Baena (1981: 13) mostró en una tabla comparativa cómo sólo serían excepción las monografías de Gilmore (1980) y de Gregory (1978) sobre Fuenmayor y La Cepa respectivamente. Jaral de la Sierra, estudiado por él mismo, contaba con grandes posesiones que ocupaban más de la mitad del término municipal; el hecho de que el autor reduzca su análisis al pueblo mismo y a las relaciones sociales internas explicaría que aquéllas no figurasen en su relación de la distribución de la propiedad, pese a que apunte que «las dehesas (...) han tenido una influencia decisiva en las relaciones existentes en la comunidad» (1974: 42).

(12) Caro Baroja (1957).

(13) Claro exponente de ello es el hecho de que Moreno Navarro —prisionero a la vez de su intento de describir la estructura social de Bencarrón en términos de «clases» y de las dificultades que le imponía *para ello* el hecho de limitar el análisis a su dimensión microsociológica— haya tenido que acudir a la oposición de inspiración pseudo-estructuralista entre «modelo [corporativista] consciente» y «estructura social [de clase] inconsciente» (1972: 22). Al ser el pueblo mayor y la propiedad más concentrada que en Bencarrón, Fuenmayor parece haber ofrecido un marco más favorable para un análisis de las *clases sociales*.

paulatina con las tendencias anteriores, se va disponiendo así de un número en aumento de investigaciones que permiten evaluar con mayor exactitud la generalidad de los modelos de reproducción doméstica ya elaborados, y apreciar el nivel exacto (ideal y/o real) que éstos reflejan en cada estrato social y distintos momentos históricos. En lo que respecta al estudio de la «casa», ello se va traduciendo en particular primero por un enfoque en el que los aspectos normativos e ideológicos, privilegiados durante mucho tiempo, no dan cuenta *por sí solos* de la realidad; sino que constituyen un marco y unas representaciones que se *producen y/o mantienen* (se pueden respetar o no respetar), consciente y/o inconscientemente, en función de la situación individual, doméstica y social, determinadas históricamente en cualquier caso. Paralelamente, y en lógica concordancia con un planteamiento que pone mayor énfasis en la comprensión de la práctica real, la influencia de los factores *externos* en la reproducción doméstica pasan paulatinamente a ser parte *explicativa* del análisis.

Resumiendo, una comparación superficial de las monografías consideradas en su conjunto parece apoyar la tesis de la división entre «Norte» y «Sur» desde un punto de vista cultural y social. Pérez Díaz cuestionó, no obstante, la generalidad de dichos modelos y, más concretamente, el que pudieran servir para describir la organización social de la España central, considerando ésta como un *caso intermedio* entre ambos extremos. Lejos de rechazar el procedimiento, sin embargo, retoma sus principales características en un intento propio de diferenciar a su vez las comunidades castellanas de sus homólogas meridionales y septentrionales (14). En cualquier caso, como lo advierte el propio Pitt-Rivers en la conclusión del artículo citado, las dudas más serias son inherentes a toda tipología y surgen al confrontar la realidad social y cultural con los rasgos seleccionados a efectos tipológicos. Al definirlos, se homogeneizan datos dispares, generalizando modos de reproducción particulares (que dependen de la posición y estratificación social) y se acaba —como lo señala aquel autor— *naturalizándolos* y tratándolos, por lo tanto, *ahistóricamente* (15).

(14) Pérez-Díaz (1977: 99).

(15) Pitt-Rivers (1963: 25).

Otra cuestión importante es la del peso relativo de los distintos aspectos seleccionados a efectos tipológicos. De hecho, es común asignar mayor importancia a los sistemas de herencia: se entiende que, al marcar los principales mecanismos de acceso a los medios de producción y, por lo tanto, a los medios de subsistencia, guardan estrecha relación con las modalidades de formación, organización y evolución de las unidades de residencia: matrimonio y celibato, emigración, organización de la producción y de la distribución, naturaleza, momento y magnitud de las transferencias de bienes, mantenimiento de los viejos, etc. Pronto constataremos que no cabe dudar, en efecto, de las estrechas interrelaciones y la lógica subyacente entre las distintas prácticas actualizadas en uno y otro caso. Las reservas que se pueden emitir son de otra índole. Más allá de la pregunta —clarificadora pero, al fin y al cabo, anecdótica— destinada a averiguar si las modalidades de herencia y sucesión ofrecen un criterio de *diferenciación regional*, parece más importante interrogarse sobre el papel que se otorga, a través de ellas, al sistema *normativo* (16). ¿No conllevará un excesivo énfasis en éste, el riesgo de subestimar y/o olvidar que también se trata de *estrategias* (17), circunscritas social e históricamente, por muy prolongada que sea su aplicación? De momento, tan sólo me limito a plantear el problema, posponiendo su tratamiento para después de haber desenmarañado el conjunto de relaciones que configuran la reproducción doméstica y familiar. De no proceder así, las inevitables referencias a estas interrelaciones no dejarían de oscurecer el punto discutido.

(16) Véase también Comas d'Argemir (1988).

(17) A notar que en todo el texto yo utilizo el concepto de *estrategia* en la acepción que Bourdieu ha dado al término junto al de *habitus*. Aunque este uso no excluye que la decisión tome la forma de un *cálculo* consciente (destinado a maximizar los fines de tal forma que pueda dar lugar a maniobras y engaño incluso) y se presente como producto del libre albedrío, rehúsa considerar que este acto tiene como único origen al individuo. La *estrategia* es un producto histórico (conformado por los *habitus* incorporados, y por lo tanto cuyos determinantes sociales quedan en gran parte inconscientes) que, dado este aparato (los *habitus*), se constituye asimismo como *respuesta* a una situación ella misma *histórica*, que escapa en gran parte al control del agente.

Resulta cuanto más importante hacer esta precisión que son muchos los autores que hablan de *estrategia* y sustituyen, en determinados momentos, el concepto de «norma» por éste. A veces incluso se utilizan las dos acepciones de forma alternativa. La homonimia conceptual pues no debe esconder que remiten a planteamientos teóricos distintos.

Familia, casa y grupo doméstico

La comparación de las monografías pone en evidencia que unas tratan de la «familia», otras del «grupo doméstico» (término con el que se suele traducir el inglés «household») o de la «casa» (bajo sus distintos términos regionales, «etxea», «caserío», «masía», etc.); e incluso que se los utiliza combinados de dos en dos o los tres a la vez. Douglass distingue asimismo la «familia» y la «familiakoa» (18). La confusión del lector puede llegar a su colmo cuando constata que, al describir los distintos «grupos domésticos», se diferencian varios «tipos de familia» (19), o en cualquier caso, se define su composición y estructura internas utilizando los lazos de matrimonio, filiación y germanidad (20).

La diversidad y vaguedad de las respuestas derivan de unas dificultades conceptuales profundas a las cuales no acabamos de dar solución satisfactoria, ni siquiera los que pensábamos que resultaría provechoso y clarificador utilizar los distintos conceptos simultáneamente, aunque fuera al precio de separar *analíticamente* hechos que se dan, muy frecuentemente, *unidos en la realidad*. La amplitud y complejidad del tema me impide desarrollarlo aquí (21); tan sólo me limitaré a los comentarios más imprescindibles para superar la impresión de caos a la que puede llevar la enumeración anterior, ordenar las ideas y disponer de los instrumentos que permitan adentrarnos en la organización y estructura familiares, su comparación, y la forma en la que han sido abordadas.

La primera cuestión concierne a la significación y el status de los propios términos ya que no son equivalentes *epistemológicamente* hablando: la palabra «casa», al igual que sus equivalentes vernaculares, es un concepto local y evoca así un *uso social*, que la distingue en principio del concepto analítico «grupo doméstico» con el que se la asimila a menudo; y es que, en efecto, mientras el inglés y el francés disponen de tres locuciones distintas igualmente

(18) Douglass (1970).

(19) Brandes (1975: 109); Moreno Navarro (1973: 225).

(20) Devillard (1985).

(21) Bestard (1986); Devillard (1987); Narotzky (1988).

corrientes («*house*», «*household*» y «*home*», y «*maison*», «*maison-née*» et «*ménage*» respectivamente), el castellano (a diferencia del vasco y el catalán) suele comprender las distintas acepciones bajo un vocablo único. En otras palabras, mientras el término «*household*» designa al grupo de personas que comparten una casa y ostenta el doble status de palabra vernacular y de concepto antropológico aceptado, al hablar de «*casa*» el investigador da cuenta de una categoría ideal y/o práctica pero, en cualquier caso, *nativa*, que puede englobar, según los contextos y circunstancias, a las personas («*los de casa*»), los enseres domésticos, los bienes de producción muebles e inmuebles (en propiedad y/o poseídos), el nombre, etc. Se trata a menudo pues de una unidad social estrechamente asociada con el patrimonio del que obtiene sus principales medios de subsistencia; de tal forma que —contrariamente a lo que llevaría a pensar el que la misma categoría pueda referirse simultáneamente a un edificio habitado— la «*casa*» agrupa a veces tanto a los miembros que duermen en ella como, por ejemplo, a *varias* unidades de residencia articuladas entre sí *en una sola unidad de producción*. Frente a este término, el uso —de introducción reciente— del término «hogar» ofrece probablemente el interés de compartir con el inglés «*household*» sus connotaciones sin, por otra parte, pertenecer al lenguaje común, facilitando así su empleo a fines analíticos y comparativos (22).

Definir el status epistemológico de la *familia* es más complejo aún. ¿Es suficiente que el investigador identifique a unas personas unidas por lazos de alianza y filiación o ha de plasmarse este grupo en unidades de *acción* empíricamente identificables o susceptibles de reconstrucción mediante el análisis: unidades de reproducción, de residencia, de producción, de consumo, etc., o todo a la vez? ¿Lo hace porque así suele ser aislado de las redes sociales y denominado por la tradición sociológica y antropológica o porque se trata de un grupo que los nativos mismos reconocen en base a dichos criterios e identifican verbalmente? Narotzky destaca que la *reproducción* biológica es un componente fundamental en la

(22) Bestard (1986); Flaquer (1984); Narotzky (1988).

representación que los habitantes de la región catalana de Les Garrigues tienen de la «*familia*» (23). La cuestión de saber si las actividades son parte constituyente de la categoría nativa o si es el propio investigador el que las reconstruye dista mucho de estar siempre resuelta con claridad (24).

La sociología agraria suele referirse a unidades de residencia que constituyen asimismo una unidad de producción y de consumo al identificar la familia campesina con una unidad económica. Es decir la «familia campesina», que está normalmente compuesta por personas de ambos sexos emparentadas por lazos de afinidad y filiación, se distingue de otras empresas campesinas porque constituye no únicamente una unidad de producción, sino también una unidad de distribución y de consumo; por el hecho de que las relaciones de parentesco le proporcionan su estructura, su cohesión y los medios institucionalizados con los que reproduce la energía humana que precisa, y por la que se perpetúa; y porque, por último, estas mismas relaciones de parentesco salen supuestamente reforzadas (25) por el vínculo tan estrecho que las une al control de los medios de producción, y por lo tanto, a la obtención de los medios de reproducción biológica y social.

No obstante, algunos antropólogos han optado por diferenciar *analíticamente* las relaciones de parentesco propiamente dichas y las actividades (en las cuales cuentan, entre las primeras, las económicas) utilizando conceptos diferentes; a ello ha respondido por lo general la introducción del concepto «grupo doméstico» junto al de «*familia*». Este último vocablo se mantiene claramente entonces como un término nativo en el que, cada una con su peso propio y variable, las relaciones *simbólicas* de alianza, filiación y germanidad son consideradas más fundamentales y definidoras del

(23) Narotzky S., *Work Without Wages...*, (en prensa).

(24) «...creemos —apunta, por ejemplo, Martínez Veiga— que no se puede reducir el concepto de familia a aquellos aspectos de la organización doméstica que tienen que ver con la procreación y la socialización, sino que hay otros muchos aspectos tales como la producción, el consumo, el intercambio e incluso otros aspectos extradomésticos que forman parte de este concepto» (1985: 69).

(25) Me estoy refiriendo a su reconocimiento social, institucionalización e instrumentalización (los conflictos y antagonismos que dicha unidad genera dejan en efecto seriamente en entredicho la fuerza y calidad afectiva de las relaciones).

parentesco que las actividades que cumplen ocasional o sistemáticamente; por el contrario el «grupo doméstico» se corresponde, de forma más o menos explícita según los investigadores, con una unidad (*pluri*)funcional, construida por ellos mismos a partir de la observación de la práctica.

A pesar de esto, las dificultades no terminan del todo. Apreciar la utilidad y el alcance exactos del concepto analítico «grupo doméstico», obliga a definir las distintas situaciones que se pretende abarcar. No es suficiente insistir en que el valor de esta distinción es *analítico* fundamentalmente. Siempre que se trate de economías agropecuarias predominantemente orientadas hacia el autoconsumo, y cuya mano de obra es fundamentalmente familiar, no es raro que las unidades de residencia, producción y consumo coincidan durante la mayor parte del ciclo doméstico, facilitando así la utilización del concepto a fines tanto monográficos como comparativos. No obstante, la industrialización y la mecanización del campo, el desarrollo de la comercialización de sus productos y de los servicios, la consiguiente evolución del mercado de trabajo, la diversificación de los bienes de consumo, el avance de los sistemas de pensiones, etc., junto a la creciente atención que los antropólogos prestan a la práctica real, fluida por definición, hacen cada vez más difícil la delimitación del grupo doméstico y cuestionable su aplicación a fines comparativos. De hecho estas dificultades vienen a ser parecidas a las que se oponen a la utilización *analítica* del término vernacular «*casa*». Por ello, optaré en lo que sigue por evitar en lo posible el uso de dicho concepto y por mantener expresiones más descriptivas: «unidad de residencia», «unidad de producción», «unidad de consumo», etc.

A no ser que se anteponga claramente el orden ideal, los mismos problemas señalados al considerar el status epistemológico de la «familia» subyacen explícita o implícitamente en la delimitación de los *tipos* de familia. Por *simbólica* que se considere a la familia, no se sigue este mismo criterio en el presente caso; y es que, en realidad, el planteamiento al que suele responder el afán de definir el «tipo» dominante de familia no radica tanto en averiguar la naturaleza (simbólica, funcional) de la familia como en definir los *modos de reproducción social dominantes*. Darse

cuenta de que el uso del mismo término («familia») encubre interrogaciones distintas clarifica, creo yo, considerablemente el debate.

Al atender a la práctica, resulta así común definir la estructura familiar de una comunidad examinando los lazos de alianza, filiación y germanidad, que unen a las personas que integran (o integraron sucesivamente) una misma *unidad de residencia*. Dicho de otro modo, la composición o morfología de esta última sería lo que define el *tipo*. Pero ello no implica que existan tantos tipos de familia como grupos empíricamente diferentes. Se entiende, en efecto, que aquélla pasa por diferentes *fases* que no excluyen considerar al grupo de forma idéntica desde el doble punto de vista estructural y representacional (nativo). De este modo se separa claramente (como dos *realidades* distintas e irreductibles) el modelo construido diacrónicamente del que refleja el análisis sincrónico. Hasta cierto punto pues, el «ciclo doméstico» proporciona el concepto analítico comúnmente aceptado con el que todos evitan ofrecer una visión demasiado parcelaria y simplista de la organización doméstica. Dadas estas premisas comunes, las divergencias surgen a la hora de determinar las fases del *ciclo* que definen propiamente los «tipos» de familia (26).

En lógica consonancia con el hecho de definir generalmente la «familia» en términos de relaciones de parentesco, la importancia relativa de la filiación, de la alianza y de la germanidad en las unidades de residencia, suele definir el marco teórico desde el cual se delimitan los *tipos* y *subtipos* (distinguiéndose éstos según la presencia, ausencia y número de diadas conyugales, de hijos solteros, o de otras personas emparentadas lineal o colateralmente formando o no familias de procreación). Pero ¿no podría resultar

(26) El problema, en apariencia puramente formal, va adquiriendo gran trascendencia a la hora de sacar conclusiones y compararlas. Poniendo por caso, ¿en qué circunstancias podemos hablar de familia «nuclear»? ¿desde el momento en el que se *reconoce* a una pareja conyugal? ¿cuando el matrimonio *se establece* en su propia casa? ¿únicamente a partir del momento en el que éste *tiene descendencia*? y ¿hasta cuándo? ¿mientras los hijos siguen *viviendo* en casa y/o *dependiendo* económicamente de la misma? ¿Constituye otro tipo de *familia* ¿el matrimonio de ancianos que vive sólo?, ¿el viudo con hijos solteros? o también ¿los hermanos solteros que permanecen juntos después del fallecimiento de sus padres?

útil preguntarse a veces si los tipos así diferenciados responden a unas *estrategias* distintas o a unos modelos culturales específicos que justifiquen que se los considere de forma distinta? Esta consideración explica que en el caso de Macotera por mí estudiado, no haya tratado las unidades formadas por solteros como fundamentalmente distintas de las familias conyugales (27); sobre la base de la forma en la que los nativos reconstruían su propio pasado y opinaban sobre su porvenir (de acuerdo con sus *habitus*), estimé que se trataba de una última fase dentro de un *proceso de no-reproducción*, en una comunidad, grupo social (los labradores acomodados) y momento (1960) en que las condiciones de producción y reproducción no favorecían la creación de nuevas unidades conyugales. Si bien el celibato respondía a una *estrategia* (entendida ésta como una respuesta, orientada por el *habitus*, a una situación creada social e históricamente) que dio lugar, conforme iba pasando el tiempo, a una unidad «adélfica» (28), al resultar de la paulatina descomposición biológica (muerte de los ascendentes) y social de la unidad anterior, no conformaba «otro» (29) tipo de «familia». Sin que ello prejuzgue nada con respecto a otras situaciones tal vez esta interpretación pueda invitar a interrogarse, en cada caso, sobre las ideas y los procesos que desembocan, en cada momento, en distintos agrupamientos. Se reafirmaría así la necesidad de analizar la forma en la que las representaciones *interactúan* con la práctica.

Por el contrario, ¿con qué criterios se considera que unidades de residencia *idénticas* morfológicamente hablando (ej.: los formados por un matrimonio o un viudo junto a un matrimonio joven, con o sin hijos ambos), constituyen en realidad *fases* de tipos de «familia» *distintos*? (30). Las dificultades de muy diversa

(27) Devillard (1985).

(28) Como así denominó Martínez Veiga al grupo de hermanos solteros viviendo juntos (1985: 69).

(29) Véase p. ej. Brandes (1985).

(30) Por ejemplo, las formadas por un matrimonio o un viudo junto a un matrimonio joven, con o sin hijos solteros ambos. Desde un punto de vista meramente descriptivo, tanto residencial como genealógico, no existe diferencia alguna; sin embargo, son varios los momentos del ciclo doméstico o circunstancias en que coinciden dos matrimonios en una misma unidad de residencia: sería la forma de agrupamiento doméstico típica de las comunidades que acostumbran transferir la casa a un heredero único; ocurre igualmente en

índole que los antropólogos afrontan para atestiguar que la llamada «familia troncal» constituye una forma de reproducción social *sui generis*, inconfundible con fases por las que pasan otras formas de organización doméstica, ha llevado a Flaquer a replantearse la metodología seguida para su estudio. Valiéndose de una analogía con la biología, distingue su «genotipo», a saber «las reglas o principios (...) que determinan la reproducción de su estructura de generación en generación» (o sea «los principios de residencia y de filiación que los miembros de dicha familia tienen que satisfacer» así como «la base económica y jurídica que le da sustento»), de su «fenotipo» con lo que se refiere «a las distintas formas que puede adoptar a lo largo de su ciclo de desarrollo». Pese a que el segundo sea más asequible por quedar reflejado en los censos de población, es inadecuado para dar con la «esencia» de la familia troncal. Esta aparece en el genotipo y radica ya no únicamente en la *corresidencia* de dos parejas de distintas generaciones sino en su carácter *permanente* (31). En este sentido, la expresión *familia troncal* se presenta claramente como un concepto antropológico (que lo distingue del concepto nativo «*familia*») con el que se da cuenta de un *sistema de reproducción doméstica* (el de la «*casa*») cuya vigencia se reconoce a través de la *corresidencia* continua, pero en el que la dimensión territorial está estrechamente unida con la económica (la *continuidad* del patrimonio).

En resumen, parece oportuno distinguir entre distintos empleos del término «familia»: aquel que —como en las expresiones «familia nuclear» (o «familia conyugal») y, más claramente, «familia troncal»— se referiría a unos modelos de reproducción social más o menos estables reconstruidos por el investigador; aquel que remite al concepto nativo propiamente

aquellas donde es práctica habitual que el joven matrimonio se quede (a distintos efectos: únicamente para dormir, para trabajar y comer, etc.) temporal o duraderamente (hasta la recolección, el nacimiento del primer hijo, el matrimonio del hermano siguiente, etc.) en casa de los padres de uno de los cónyuges (*residencia patriviri— o patriuxori-local*); también es el caso del período en el que los padres (viudos o incapacitados por lo general), bien se instalan definitivamente en casa de uno de sus hijos (*residencia filio/a-local*), o bien van de casa en casa durante un tiempo (*ir a meses*).

(31) Flaquer (1984).

dicho; y aquellas expresiones descriptivas que utilizamos para dar cuenta de distintas fases por las que pasa la unidad de reproducción social: «familia conyugal», «familia extensa», «familia múltiple» con sus subtipos respectivos. Cada uno de ellos refleja un nivel determinado de realidad y probablemente el análisis más completo sería aquél que procurara dar cuenta de cada uno de estos niveles así como de la forma en que interactúan.

Planteadas como una premisa metodológica y siempre que ello no prejuzgue su resultado final, la distinción entre la categoría nativa «*familia*» y el concepto analítico «grupo doméstico» tiene el evidente interés de no dar por hecho (y por generalizable) reduccionismos de ambos tintes: bien diluyendo las relaciones económicas tras la aparente omnipresencia de las relaciones familiares (en cuyo caso las relaciones superestructurales absorben las infraestructurales), bien convirtiendo éstas de antemano en mero epifenómeno de aquéllas, sin contenido propio. De cualquier modo permite poner en evidencia, llegado el caso, cómo las relaciones familiares, en medio rural, no se confunden necesariamente con las económicas que se desarrollan en el ámbito doméstico, pese a las vinculaciones existentes en determinados entornos o circunstancias.

Entre las investigaciones pioneras realizadas en España, Douglass es tal vez quien más lejos ha llevado la diferenciación analítica. Destacó así en Murélagu (32), diferencias substanciales entre el «*etxeakoak*» y la «*familia*». La primera diferencia sería de orden morfológico. Las interferencias entre ambas unidades son numerosas a nivel personal pero la estructura interna es inversa: mientras en el marco de la «*familia*», la obediencia del hijo hacia el padre sería (el autor sitúa su razonamiento —si no claramente al menos en apariencia— a un nivel normativo) incuestionable, aquél —en su calidad de «*etxeakojaur*» sería quien manda en el grupo doméstico. Por otra parte, tampoco rige el mismo sistema de herencia ya que la igualdad entre hermanos prima en «derecho» (al que el autor parece asimilar la práctica real) en el ámbito de la

(32) Douglass (1970: 111).

«*familia*», contrastando así con la desigualdad que impera en el «*etxeokak*».

Contrariamente a lo que puede llevar a pensar la ya aludida tendencia a dar más preponderancia a la «*casa*» en las comunidades/casas de heredero único (es decir donde el vínculo con el patrimonio se vislumbra más claramente), la distinción entre «*casa*» y «*familia*» no es propia sólo de aquellas zonas. Behar en León, Gilmore e incluso Navarro Alcalá-Zamora en Andalucía, Jociles en Tarragona, Mira en Valencia, Otegui en Teruel, Rivas en Zaragoza, etc., dieron también con los dos términos; dicho de otro modo, la dimensión patrimonial y/o productiva puede estar igualmente presente en un sistema de herencia divisible. Claro está que la simple homonimia tampoco es argumento suficiente para invalidar la existencia de formas de organización social distintas, las que se estructurarían en torno a una unidad patrimonial, y las que lo harían en torno a las relaciones de parentesco propiamente dichas; Rivas observó así en la provincia de Zaragoza que el uso vernacular del término «*casa*» puede tener *ambas* connotaciones, según se trate de zonas donde los bienes se dividen o no (33). Constaté a mi vez cómo se utilizaban ambas categorías en antiguas zonas latifundistas del Campo de Ledesma, en Salamanca (34). En dicho caso, los datos disponibles permiten preguntarse si este *uso social* —por actual que permanezca— no habría de ser conectado con las condiciones de producción —en este caso— *pasadas*. En efecto, se estipulaba, en los contratos de arrendamiento que tuve entre manos, la obligación de transmitir las partes *arrendadas* a un único descendiente. No obstante, tengo datos que parecen confirmar que —a pesar de lo que los contratos preveían— las tierras se repartían *de forma oficiosa* a partes iguales, si acaso no «*de siempre*», como lo afirman los habitantes de aquellas comunidades, por lo menos desde la segunda mitad del siglo XIX, quedando excluidos del reparto —eso sí— aquellos descendientes que habían dejado de *residir*, y por lo tanto de *trabajar y producir*, en el pueblo. En este sentido, la distinción vernacular bien podría reflejar el hecho de que la *casa* haya estado sometida *entonces* a

(33) Rivas Rivas (1986: 101-102).

(34) Devillard (1981).

unos mecanismos de reproducción que contrastaban, en ciertos aspectos, con aquéllos que regían para la «*familia*».

En cualquier caso, hay que tener presente que la valoración y el reconocimiento de las relaciones de parentesco suelen rebasar los límites tanto de la «familia nuclear» como de la «*casa*», impidiendo así que se reduzca sistemáticamente su ámbito y valor instrumental a los de la unidad primaria, cualquiera sea su naturaleza. Como ya se señaló anteriormente, el vasco diferencia la «*familia*» y la «*familiakoa*», lo cual se refleja en las distintas circunstancias y frecuencias con las que se actualizan y se renuevan las relaciones. Asimismo, varios investigadores apuntan la polisemia que encubre el uso vernacular del término «*familia*». Si, en algunos casos, se trata casi únicamente de señalar las variaciones cíclicas que registra la unidad de residencia desde el punto de vista de las relaciones de afinidad, filiación y germanidad (35), otros antropólogos subrayan diferencias de mayor alcance. Freeman observa así que los pasiegos usan la palabra nativa para referirse tanto a los miembros del hogar como al conjunto de individuos ligados por relaciones de filiación y de alianza, independientemente de cual sea su lugar de residencia y de que estén vivos o muertos (36). En Belmonte de los Caballeros (Zaragoza), Lisón Tolosana destacó también a cuatro grupos distintos: la familia nuclear, la constelación formada por las familias de orientación y de procreación de Ego así como por la familia de orientación de su cónyuge, y el conjunto de los parientes por consanguinidad y afinidad; el cuarto tipo se referiría a una comunidad patrimonial formada por los padres y las familias de procreación de sus descendientes. Navarro Alcalá-Zamora cita a su vez, entre los múltiples contextos en los que se habla de «*familia*», a la familia nuclear, al grupo de hermanos y a lo que él denomina los «linajes apodísticos» (37), etc.

(35) Luque (1974); Martínez Veiga (1985); Pérez Díaz (1972).

(36) Freeman (1979: 93).

(37) Navarro Alcalá-Zamora (1979). Para un comentario sobre este tema vs Luque (1981).

La instrumentalización del parentesco

La naturaleza *simbólica* del parentesco se manifiesta no sólo en su definición, sino también en el conjunto de ideas y actitudes reales y/o ideales con las que se le asocia a menudo. Al mencionar los arreglos económicos entre parientes próximos, Freeman señala así que no les gusta a los pasiegos hablar de los *contratos* que se dan entre parientes, por considerar que no responden a las características ideales con las que conciben las relaciones entre padres e hijos (38).

Por fundamentales que puedan ser los lazos de afinidad, filiación y germanidad para diferenciar, idealmente y/o en la práctica, los diversos grupos de parentesco y comprender algunas de sus características, contemplar únicamente este aspecto no dejaría de conllevar, en varios casos, un empobrecimiento substancial de la realidad. En efecto, igualmente simplificador resulta diluir las relaciones de parentesco confundiéndolas en todos los casos (sin atender a las circunstancias domésticas, históricas, y de estratificación) con unos grupos funcionales *stricto sensu* como negar que la naturaleza, frecuencia y cantidad de *actividades* en las que los parientes están involucrados puedan constituir una dimensión importante que influya positiva o negativamente en las mismas.

En términos generales, el parentesco interviene a menudo como uno de los principales mecanismos de reclutamiento de las personas a las que se acude (o se puede acudir), regular u ocasionalmente, a efectos diversos de alcance individual y/o social (económicos, políticos, religiosos, rituales, etc.). Hasta ahora nos hemos limitado a observar que unos grupos de parientes próximos forman por lo general, y a lo largo de los momentos de mayor vitalidad del ciclo doméstico, una unidad de residencia (entendiendo por ello, un hogar donde uno duerme y se recoge), de producción, de consumo, e incluso de herencia y sucesión. Sin embargo, el parentesco no interviene únicamente en el ámbito doméstico. Por ejemplo, la cooperación en el trabajo, la asistencia

(38) Freeman (1970: 72).

financiera en caso de necesidad, la hospitalidad, la ayuda y el apoyo para la obtención de un trabajo en medio urbano, etc., constituyen circunstancias en las que se activan de forma preferente las relaciones de «*familiakoa*» (39). Cucó muestra a su vez cómo la mano de obra familiar no sólo constituye la principal fuerza de trabajo sino que las relaciones de parentesco son la fuente privilegiada para el reclutamiento de los equipos de recolectores de naranja (40). Asimismo es comúnmente admitido, aunque menos estudiado, el papel de las relaciones de parentesco en la formación de grupos de presión a efectos políticos.

En cualquier caso, es importante observar que las formas y circunstancias en que se instrumentaliza el parentesco actúan en sentidos contradictorios de *fortalecimiento* o *debilitamiento* del vínculo propiamente dicho. Con respecto a una comunidad andaluza, Gilmore alude a la incidencia de las *condiciones de producción* sobre la naturaleza de los lazos de parentesco; opone así el ideal (que la familia esté unida), con la práctica real en el marco de la «*casa*», en la que la cohesión varía con la cuantía y naturaleza de los bienes productivos que constituyen el patrimonio familiar (41). No obstante, estima que la influencia de las relaciones económicas sobre el parentesco es menor en las relaciones de *filiación* que en las de *germanidad* (42). Ahora bien, el determinismo económico puede ser más radical aún. Lisón Tolosana afirmó por ejemplo que, en Belmonte de los Caballeros (Zaragoza), las relaciones de parentesco constituyen más un atributo de la propiedad que de la «afección o de los sentimientos» (43). Asimismo, para la gran mayoría de investigadores que han estudiado zonas de herencia indivisible todas las relaciones familiares están marcadas por la posición que cada cual ocupa dentro del sistema de reproducción social. Las relaciones de afinidad, filiación y germanidad pasan así a ser un campo de relaciones cuyo contenido cotidiano (¿ideal y práctico?) apenas si

(39) Douglass (1970: 198 y s.).

(40) Cucó (1982).

(41) Gilmore (1980: 166).

(42) Gilmore (1979: 161).

(43) Lisón Tolosana (1966: 168).

se diferencia de las relaciones económicas en las que están enmarcadas.

Sin embargo, frente a esta visión monolítica a la que puede llevar una insistencia unilateral en los vínculos patrimoniales y sin que ello prejuzgue nada negativo con respecto al acierto de dichos análisis, me parece importante subrayar paralelamente que la *naturaleza simbólica* del parentesco puede constituir, a su vez, la principal *garantía de su valor instrumental* en las relaciones de otro orden (económicas, políticas, etc. (44)). De hecho, como Sevilla Guzmán señala al exponer los rasgos más sobresalientes de la empresa familiar agrícola, es una verdadera *dialéctica* que puede llegar a instaurarse entre las distintas relaciones, con lo que *refuerzan* mutuamente su eficacia específica (45). Esta misma autonomía relativa de las relaciones de parentesco con respecto a las circunstancias y frecuencia con las que se activan es asimismo lo que permite que no se dude en *utilizar y reactivar* en determinados momentos (emigración, desplazamientos en busca de trabajo o por razón de estudios, etc.) unos vínculos que caían en desuso y/o casi se ignoraban (46).

Más aún, se observa cómo —por ideal y simbólico que se considere el parentesco— no puede ser estudiado aislándolo del contexto histórico. De hecho y en este mismo orden de ideas según el cual no desempeña necesariamente el papel privilegiado que una larga y enraizada tradición antropológica y sociológica nos lleva a menudo a atribuirle (47), es preciso prestar la atención que se merece, no sólo al hecho de que las relaciones de parentesco puedan encubrir un contenido de muy diverso signo (económico, político, etc.), sino también a que su vitalidad y alcance propios varíen *según las circunstancias y los momentos*, en función del ciclo doméstico (48) y de los condicionamientos socio-históricos internos y/o externos. Me limitaré de momento a dos ejemplos.

(44) Véase, por ejemplo, Cucó (1982: 297).

(45) Sevilla Guzmán (1983).

(46) Véase, por ej., Douglass (1973: 200).

(47) Luque (1981).

(48) Lisón Tolosana (1971: 238-242).

Varios autores han destacado las tensiones y conflictos internos que enfrentan a los miembros de las unidades de residencia, de producción y de consumo, y/o de la «*familia*», dónde y cuándo las relaciones de parentesco constituyen el mecanismo institucionalizado por el que se accede a los medios de producción y/o subsistencia. A juzgar únicamente por el espacio respectivo que los investigadores dedican a esta cuestión, podría parecer especialmente el caso de los grupos domésticos donde el sistema de sucesión es indivisible (49). No obstante, los conflictos intrafamiliares también son frecuentes en las zonas donde prevalece la transmisión a partes iguales y con mejora (50). En pocas palabras, se puede decir que, de una manera general, el carácter de las diversas relaciones de parentesco, su potencial de cordialidad o, por el contrario, de hostilidad, puede alterarse con la posición (variable o consolidada) que cada cual ocupa en el sistema de reproducción social: en particular, de las posibilidades (presentes y/o futuras) de acceso a los medios de subsistencia (casa, bienes de producción, aprendizaje —en su caso— de un oficio, etc.), y de la situación de poder/subordinación en el proceso productivo y distributivo. Ahora bien, si el sistema de reproducción social es una *respuesta* a unas situaciones, coyunturales o prolongadas, creadas por la convergencia de diversos procesos históricos, para dar cuenta de las características de las relaciones de parentesco, hay que contar no únicamente con los mecanismos de reproducción social más o menos institucionalizados (y recogidos en «normas» y leyes) sino también, simultáneamente, con las condiciones *que aseguran su perpetuación y hacen sus efectos más ineludibles*: densidad de la población, presión sobre la tierra, evolución de la demanda de mano de obra y de los salarios, mercado de venta de las tierras, etc. El hecho de que las relaciones de parentesco, antes teñidas por la sombra de numerosos conflictos, se hayan visto reforzadas y consolidadas al incrementarse el proceso migratorio y disminuir paralelamente la presión sobre la tierra, lo demuestra claramente (51).

(49) Barrera (1982); Lisón Tolosana (1971); Prat (1973); Rivas (1986).

(50) Behar (1986); Brandes (1975); Devillard (1981); Otegui (198).

(51) Brandes (1975: 127).

El ejemplo siguiente no señala tanto la versatilidad de las relaciones de parentesco como la *importancia relativa* que éstas van cobrando en la organización social *según los momentos históricos*. La población de Trabanca (Salamanca) ha adquirido la propiedad de las tierras que arrendaba secularmente, al final de la guerra civil. En el marco del pueblo, la «*casa*» constituye la categoría social de referencia más corriente a efectos internos. Agrupa *a priori*, para ciertos fines, a «*los de casa*», en una unidad espacial, material y social diferenciada. Mientras sus habitantes se mantuvieron como simples arrendatarios, «*los de casa*» comprendían a todas las personas que *ocupaban un hogar* de manera duradera (residencia) pero, sobre todo, *trabajaban* (producción) y *dependían inmediata* (distribución y consumo) y diferidamente de los recursos explotados corporativamente. En efecto, al depender la continuidad de la «*casa*» de la obtención de la renta sobre la tierra (de la que dependía el disfrute mismo de la vivienda), ésta afectaba directamente a la reproducción social a través de las modalidades de transmisión de los bienes: únicamente los descendientes que *permanecían* en el lugar y *participaban* de este modo (en función de su sexo, edad y estado civil) *en la puesta en valor de la tierra*, heredaban un derecho de prelación en caso de cambio de titularidad del arriendo; por muy «*hijos*» de la «*casa*» que fuesen, los que emigraban perdían todos los derechos de posesión a la vez. En aquella época, era por lo tanto la integración inmediata o diferida (caso de los niños) en una *unidad de trabajo*, lo que definía en última instancia la pertenencia efectiva a la «*casa*» así como la percepción de los derechos redistributivos (manutención, sucesión) que la implicaba. El desacuerdo —en la actualidad— manifestado verbalmente por algunas personas mayores respecto a la participación de sus hijos emigrantes en la herencia de un patrimonio que no contribuyen a poner en valor por su trabajo presente, es producto —hoy limitado al ámbito de las representaciones— de este sistema *pasado* de reproducción social. Al comprar el pueblo, la tierra ha pasado a ser (al igual que, anteriormente, los bienes muebles y el dinero) dividida a partes iguales entre *todos los descendientes del matrimonio*, cualesquiera fueran su lugar de residencia y el grado de participación en la reproducción doméstica. Paralelamente, el significante «*casa*»

remite en la práctica y según los contextos, a dos unidades sociales diferentes: una limitada a las personas que ocupan una (o varias) vivienda(s) *en el lugar* y tienen a su cargo el proceso de producción y reproducción inmediatos; la otra, mucho más amplia, integra ocasionalmente al conjunto de las personas que tienen derecho, por *filiación*, a heredar una parte alicuota del conjunto de los bienes patrimoniales (y, tras la partición, de su parte correspondiente del producto), independientemente de su modo de vida y lugar de residencia. La sustitución de un régimen de posesión por otro fue acompañado así por el cambio consecutivo de los mecanismos de reproducción doméstica. En este sentido, se puede afirmar que la adquisición de la propiedad ha tenido el doble efecto de disminuir la importancia de la residencia y de la explotación directa de los bienes, y de *revalorizar* simultáneamente *los lazos de filiación y germanidad* (52).

Procesos de residencia y composición familiar

Las unidades de residencia constituyen una dimensión ineludible de la organización social en la cual el parentesco suele intervenir. Pero ¿es éste el único y más importante aspecto en la formación de aquéllas? En un reciente artículo Comas llamó la atención sobre el hecho de que el análisis estadístico de la composición familiar de las unidades de residencia podía encubrir, tras la *estabilidad* de los resultados globales, distintas formas de movilidad: los *cambios* de residencia, la emigración de familias enteras, así como la constitución de nuevos hogares (53). De hecho, Bestard apuntó también la gran «flexibilidad» de las unidades residenciales y la imposibilidad de definir ciclos que permitieran dar cuenta de la «diversidad de transformaciones» que registran (54).

Rompiendo con la arraigada práctica de presentar las modalidades de residencia en términos normativos (en cuyo caso

(52) Devillard (1981).

(53) Comas d'Argemir (1988).

(54) Bestard (1986: 101).

se sobreentiende que los individuos *obedecen* a una regla ya constituida), en lo que sigue se enfatizarán los hechos que demuestran que la *formación y evolución de las unidades de residencia* —al igual que el matrimonio, el celibato, la emigración y, en parte, el modo de sucesión— responden a unas *estrategias*, grupales y/o individuales, cuya difusión varía según la situación familiar, la ocupación, los estratos socio-económicos, los medios de reproducción social, y la coyuntura local e histórica.

La composición morfológica de la unidad de residencia cambia, paralelamente con el desarrollo del ciclo vegetativo, en función de los usos sociales. Concretamente la edad, el sexo y el número de hijos tienen obvias consecuencias sobre la complejidad de la composición familiar, por lo que me limitaré a recordar sólo algunas de ellas.

Por de pronto, el tener padres de avanzada edad o el ser hijo único favorecen —en todas las comunidades— la cohabitación de dos unidades conyugales. Las formas en que la comunidad toma a su cargo a los viejos así como a las personas incapacitadas física o psíquicamente, introducen así variaciones más o menos duraderas, que suelen incrementar la complejidad morfológica de las unidades de residencia. Con respecto a los viejos, dos prácticas radicalmente distintas evidencian las dos maneras más opuestas de resolver la situación. En la primera, los padres *se quedan en su casa*, instalándose un/a hijo/a con ellos, acompañado por su familia de procreación (residencia patrivirilocal o patriuxorilocal); situación ésta que se da cualquier sea el sistema de herencia. Con el segundo tipo de práctica, por el contrario, son los padres los que, en cuanto llegan a una edad avanzada que no les permite hacer frente a sus necesidades por sí solos, se desplazan a casa de uno de sus hijos o, *por turno* rotatorio, a casa de todos y cada uno de ellos (residencia filio/a-local). Entre medias se situaría la práctica señalada por Brandes según la cual, mientras vivan ambos cónyuges, son los propios hijos (acompañados por los miembros de su propia familia de procreación) los que van por turno a casa de sus padres (55).

(55) Brandes (1976: 218).

Otro uso social que altera de forma temporal la composición de la unidad de residencia es el que define el lugar de instalación del joven matrimonio inmediatamente después de la boda (residencia postmatrimonial). Este período, cuya importancia varía desde algunos meses hasta varios años, parece propio de las zonas (y/o de las casas) de herencia divisible, es decir, de aquéllas en las que los hijos tienen que procurarse en breve sus medios de subsistencia fuera de la casa paterna; de cualquier modo, el número de hijos todavía solteros, su sexo y edad inciden, a su vez, en el período postmatrimonial, bien precipitando la salida del joven matrimonio, bien reteniéndole, según las necesidades de la «casa» (56).

Pese a las inevitables interferencias de las distintas variables, mención aparte merece la influencia de la repartición por sexos. De un lado, las unidades de residencia tienden a ser *bisexuales*; es obvio en tanto que, al constituir asimismo en su mayoría una unidad de *reproducción*, suelen estar formadas alrededor de un matrimonio al menos; no obstante, la común asociación de la residencia con el desempeño de las actividades agropecuarias y domésticas propician a su vez —dada la división sexual de las tareas— la formación de unidades bisexuales que no están basadas en la diada conyugal, unigeneracionales (hermanos solteros) o plurigeneracionales (tíos con sobrinos, abuelos con nietos), y que reúnen incluso a personas de distinto sexo, no parientes entre sí (caso de los criados); pese a todo, el hecho de que la división sexual de las tareas afecte menos rígidamente a las mujeres que a los hombres, unido a su mayor esperanza de vida, hace menos perentoria la reorganización de la unidad de residencia en caso de desintegración de su carácter bisexual: dicho de otro modo, mientras, por ejemplo, al desaparecer (por defunción, separación, etc.) una mujer, el hombre (marido, hermano, etc.) suele pasar automáticamente a integrar la unidad doméstica de un pariente lineal o colateral, no sucede con la misma sistematicidad en el caso

(56) El desinterés bastante generalizado por el proceso de formación y evolución de los grupos domésticos de los «segundones» hace que no sabemos —a ciencia cierta— si no se benefician de un período equivalente: ¿Es el pago de la dote inmediato? ¿Se instala el matrimonio en seguida en su propia casa?

inverso; *habitus* y procesos demográficos se combinan para que se den corrientemente un mayor número de unidades de residencia formadas por mujeres solas que por sus homólogos masculinos, y para que de manera simultánea sean relativamente más frecuentes las unidades de residencia que pasan a ser complejas a consecuencia de la incorporación de un soltero o de un viudo.

También varía el ciclo doméstico en función del sexo. La cuestión está relativamente bien documentada con respecto a las comunidades/casas donde la herencia se transmite a un solo heredero. Al heredar preferentemente el varón, la práctica tiende a excluir a la hija casada; su destino es entonces el de instalarse patriviri— (caso de casarse con un heredero) o establecerse neolocalmente; su situación es pues simétrica a la que se reserva a sus hermanos segundones (cuyo destino es residir neolocal o patriuxorilocalmente). En zonas de herencia divisible la disimetría sexual puede dar lugar a estrategias específicas; tal era el caso por lo menos de Macotera donde las distintas estrategias de residencia guardaban relación con la forma en la que el matrimonio de un hijo y el de una hija incidían respectivamente en la reproducción de la «casa» paterna: siempre que el patrimonio paterno constituía la principal fuente de subsistencia, el cambio de lugar de residencia por parte del hombre no impedía que siguiera aportando su fuerza de trabajo en casa de sus padres. Dicho de otro modo, mientras la neolocalidad masculina no afecta necesariamente a las bases de reproducción del grupo doméstico paterno, la femenina tiene repercusiones más inmediatas cuyo efecto se compensa a menudo ofreciendo una «mejora», a cambio de la cual la hija aporta sus prestaciones y ocasionalmente las de su familia de procreación (57).

Tras las variables de sexo y edad, queda pues patente la relación estrecha que suele unir la práctica residencial con las funciones y condiciones económicas. La preferencia por la patrivirilocalidad en los casos en los cuales los *imperativos del proceso productivo* (mano de obra, menores costos de explotación, mayores rendimientos, etc.) interfieren, y por la patri-uxorilocalidad

(57) Devillard (1985).

(léase también, a veces, sorori-localidad) cuando las condiciones de trabajo permiten que la *elección* del lugar de residencia sea más libre, parece poder deducirse igualmente de los datos aportados por Moreno Navarro (58), del arreglo residencial que Lisón Tolosana califica de «germanitas» en Belmonte de los Caballeros más frecuente entre los «*pueriles*» (59), del que Sanmartín ha recogido entre los pescadores de la Albufera (60), etc., así como —¿por qué no?— de la gran mayoría de los grupos domésticos que privilegian la primogenitura (61) o, *a contrario* de aquéllos que, practicando la herencia divisible con mejora de la casa, tienden a favorecer más bien la ultimogenitura y la uxori-localidad (62). No es casual que las zonas gallegas con mayor tendencia a practicar la «manda matrilineal» sean aquéllas donde, al ser la economía *mixta*, el peso de la actividad agrícola recae fundamentalmente entre las manos de las mujeres (63). Asimismo ¿no explicaría la propia coyuntura el hecho de que la primogenitura y la viri-localidad sean más frecuentes en Murélagu que en Echalar (64)? No es difícil constatar que al mismo tiempo que las condiciones de vida y las expectativas de futuro empeoraban en este último, una hábil política —de plantación de pinos, por ejemplo— ha mantenido, con el tiempo, el interés económico de los «*baseriak*» de Murélagu a pesar de la disminución de su valor agro-pecuario. Cuestión distinta es que, dadas las tendencias a convertir la práctica en modelo normativo y la especial eficacia ideológica y moral que tiene todo lo que puede presentarse (o ser presentado) como *norma*, sus posibles beneficiarios la usen *estratégicamente*, ocasional o sistemáticamente, con arreglo a su propia conveniencia, y expliquen su comportamiento escudándose tras ella.

A su vez, y con la excepción de Moreno Navarro que asigna a la residencia postmatrimonial una función simbólica (65), se

(58) Moreno Navarro (1973: 237).

(59) Lisón Tolosana (1966: 166).

(60) Sanmartín Arce (1982: 105).

(61) Bestard (1986: 126); Rivas (1986: 85).

(62) Devillard (1981); Jociles (1989); Sanmartín (1982).

(63) Lisón Tolosana (1971).

(64) Douglass (1977).

(65) Moreno Navarro (1973: 249).

suele ligar este período de *transición* con imperativos de orden económico cuyo fin sería facilitar y contribuir a la instalación e independencia del joven matrimonio (66); se caracteriza entonces, bien por el hecho de que cada uno de los cónyuges se queda en casa de sus propios padres tanto para trabajar como para comer (67); o bien por el de que el matrimonio se instale transitoriamente en casa de uno de ellos, a todos los efectos o sólo para dormir y comer, con lo que ahorran mientras tanto los gastos de vivienda y manutención. En todos los casos, los hitos señalados por los informantes para fijar su duración (hasta la próxima recolección, la boda del próximo hermano, el nacimiento del primer hijo, la finalización de la lactancia materna, etc.) apuntan hacia una limitación en el tiempo de la presión sobre la economía doméstica.

Frente al ideal común que —si no intervinieran otros factores— tendería a potenciar que el matrimonio se independice e instale, de forma estable, en su propia casa (*residencia neolocal*), Gilmore y Gregory, por ejemplo, subrayan la correlación estadística entre las unidades que reúnen bajo un mismo techo a varias diadas conyugales completas o incompletas (con o sin hijos), y la *estratificación socio-económica* (68). Dichos datos permiten hacer varias observaciones. Primero, estos grupos residenciales tienden a encontrarse de forma privilegiada en los estratos más extremos, entre los jornaleros y entre los agricultores acomodados. Por otra parte, mientras entre los primeros, prima la *necesidad*, derivada de la escasez de los recursos, de la vivienda, etc., entre los segundos, la convivencia en el seno de una misma unidad es más una cuestión de *política económica y patrimonial* que de necesidad. De hecho y, muy probablemente en estrecha correlación con lo anterior, la mayor preferencia por la *patri-uxorilocalidad* entre los jornaleros contrasta con la tendencia a la *patri-virilocalidad* entre los propietarios (69).

(66) Freeman (1970: 75); Luque Baena (1974: 118-119); Pitt-Rivers (1970: 123); etc.

(67) Devillard (1985); Jociles (198: 105); Lisón Tolosana (1971: 310 y s.); Otegui (1983).

(68) Gilmore (1979); Gregory (1980).

(69) A mi modo de ver, es *en este contexto* que hay que situar la afirmación,

De una manera más general aún, la composición de las unidades de residencia registran circunstancias extradomésticas de todo tipo que inciden en la «elección» de uno u otro modo de vida y modalidad de convivencia. Como Luque lo observó con respecto a la frecuencia de las familias extensas andaluzas, la ocupación profesional (en este caso no-agrícola) y la presión demográfica constituyen a menudo factores poderosos que incitan a la promiscuidad espacial (70). A mi vez, intenté mostrar cómo en Macotera y Villarino de los Aires la comparación de la composición de las unidades de residencia en 1960 y en 1970 reflejaba de manera significativa el impacto conjunto de los procesos demográficos y de las expectativas económicas tanto internas como externas (71). En el mismo orden de ideas, Bestard señaló la influencia de la emigración en la creación de un «nuevo tipo de organización doméstica» en la que la unidad de residencia independiente desplazó a los «modelos jerárquicos de los antiguos propietarios» de Formentera (72). Rivas procuró asimismo ceñir los factores que, al favorecer la *permanencia* y/o el *cambio* de las modalidades de sucesión, influyen en las modalidades de residencia en la provincia de Zaragoza: influencia de las zonas limítrofes, actividad principal y rentabilidad de la explotación, creación de actividades complementarias en la zona, etc. (73).

De hecho, en ausencia de sistemas alternativos no-domésticos, la preocupación de los adultos por asegurarse los medios de subsistencia y servicios necesarios cuando estén incapacitados ha incidido directamente en las estrategias sucesoriales y residenciales. Baste recordar, por ejemplo, cómo una de las condiciones que suele figurar en las capitulaciones matrimoniales por las que se instituye al heredero único es que éste y su familia *permanezcan en*

compartida por varios especialistas, de que los nativos se instalan con preferencia en casa de los padres de la esposa porque las actividades de la casa constituyen una fuente de conflictos mayor entre *suegra y nuera* que entre *madre e hija*.

(70) Luque (1981: 34).

(71) Devillard (1985).

(72) Bestard (1986: 101).

(73) Todo ello paralelamente al uso de un lenguaje normativo: «¿...cuál es la norma que se sigue?» (1986: 79); «ciertos cambios van deteriorando la pureza de la institución...» (*ibidem*: 85), etc.

la misma casa que los donatarios y *subvengan a sus necesidades económicas, domésticas y funerarias*. Igual función compensatoria tendría realmente la mejora (es decir la introducción de un elemento que produce desigualdad) en los sistemas de herencia divisible (a menudo conceptualizados por los nativos como «*de partes iguales*»). Frente a ello, la mayoría de los autores señalaron cómo la generalización de las pensiones de vejez ha llevado consigo, a nivel global, una *simplificación* de la estructura doméstica dominante, derivada del hecho de que los viejos procuran quedarse en su propia casa el mayor tiempo posible. Sin embargo, bajo una situación de escasez (objetiva o subjetiva) de recursos, la pensión de vejez actúa también en sentido contrario, *favoreciendo* (en la medida en que su monto pasa normalmente entonces a incrementar las disponibilidades del grupo doméstico) la acogida de los viejos en casa de los hijos (74). Muchos informantes dan así a entender que tanto la práctica, elevada a categoría de *norma* respetada (residencia filio/alocal temporal o definitiva), como los lazos de parentesco, están puestos al servicio del interés económico (de los hijos) y, en este contexto, *utilizados* (y, por lo tanto, *reconocidos y defendidos*) en virtud de éste. En comunidades salmantinas donde las condiciones de vida han sido particularmente difíciles hasta hace poco, así, por lo menos, lo manifiestan a menudo los viejos cuando se lamentan de no disponer de los medios tradicionales de presión (control de los medios de subsistencia) para evitar el sufrir malos tratos por parte de sus descendientes y huéspedes: el analfabetismo y la falta de familiaridad con las instituciones bancarias (que les impide controlar ellos mismos sus «ingresos»), así como los *habitus* producidos por sus condiciones pasadas de vida (desconfianza producida por experiencias pasadas al contacto de la pobreza, la usura, el engaño, etc.) unen sus efectos para crear, a la vez, tanto el juicio y la representación como la dependencia efectiva que los alimenta.

En resumen, lejos de ser producto mecánico de la costumbre, la práctica residencial encierra un juego complejo y sutil entre las

(74) Otegui (1983).

opciones de los agentes, las circunstancias diversas que inciden en ellas directa o indirectamente, las representaciones y la norma. Todo ello desvela aspectos importantes que interfieren con el carácter simbólico de las relaciones de parentesco propiamente dichas.

Política matrimonial y estrategias de reproducción social

El matrimonio ofrece —en las sociedades rurales, mayormente— el marco más común (aunque no único) por el que se establece la cooperación y complementariedad entre los sexos. Esté definida la división sexual de las tareas —o se cumpla— de forma rígida o no, es muy habitual que cada sexo desempeñe y tenga la responsabilidad de tareas distintas en los diversos ámbitos, productivos, domésticos y educativos. De hecho resulta bastante generalizada y tópica la *idea* de que las actividades propias de la mujer son las internas de la *casa*, las que están ligadas a la reproducción biológica, y las que están más estrechamente vinculadas con la subsistencia (valor de uso): ellas son las que se encargan normalmente de la obtención directa de los productos alimenticios, de la transformación de los productos primarios, del mantenimiento de la «*casa*» entendida ésta en su doble acepción de edificio y de grupo doméstico, de la compra y del presupuesto doméstico, del seguimiento y educación de los niños; los hombres, por el contrario, se dedicarían más exclusivamente a las tareas productivas y mercantiles (valor de cambio) así como a las que conciernen a su organización. La pareja casada proveería así el armazón alrededor del cual se organizan y articulan las necesidades relativas a la reproducción biológica y doméstica con las propias de la empresa agropecuaria, proporcionando a la vez los principales actores de la reproducción social así como la estructura básica en la que los demás miembros del grupo doméstico se insertan bajo su autoridad para la organización y desarrollo de dichas actividades productivas y reproductivas. La importancia de los roles así diseñados queda bien reflejada por el hecho de que los cónyuges se refieran a menudo al otro empleando los términos que

señalan su posición doméstica («jefe/a», «amo/a») más que por la terminología de parentesco propiamente dicha (75).

Pese a todo, tanto si se compara la organización del trabajo en las diversas comunidades como si se toma a éstas en consideración en distintos momentos históricos, son muchos los factores que interfieren con esta división e impiden generalizarla. La composición del grupo doméstico (número de personas, repartición por sexo y por edad), su adecuación con las necesidades de la producción (conforme varíen el mercado de trabajo y el nivel de las fuerzas productivas), así como la naturaleza y diversificación de las actividades, son factores coyunturales y/o liminales que inciden activamente en la distribución de las actividades laborales por sexo (y edad).

En este sentido y —otra vez— en contra de la tentación de enfocar la cuestión únicamente en términos normativos, una mayor atención a la práctica y a sus variaciones históricas muestra como, en muchas circunstancias y contextos, la referencia al sentido *pragmático* permite una explicación más satisfactoria que la que ofrece la sola referencia al díptico regla/alteración-infracción. La activa (y a veces central) participación de la mujer en las tareas agrícolas en los grupos en los que el hombre dedica la mayor parte de su tiempo productivo a actividades comerciales o pesqueras constituyen ejemplos tradicionales que ya apuntaban el nexo siempre cultural y coyuntural que une la división sexual de las tareas con los factores ecológicos, económicos y políticos, variables todos ellos históricamente. Narotsky indica cómo las mismas mujeres de Las Garrigues en Cataluña señalan los *cambios cualitativos* registrados en su trabajo: menor participación en el proceso agrícola, incremento de las tareas domésticas, actividad *de apoyo* en la confección (76). Proporcionan otra ilustración de ello

(75) Devillard (1981); Iszaevich (1981).

(76) Me atrevería a afirmar que observaciones semejantes hubiesen podido ser formuladas por la mayoría de nosotros de haber prestado mayor atención al trabajo femenino. Sólo la infravaloración del mismo, compartida a menudo por investigadores y nativos, unida a la tendencia a prestar más importancia a las representaciones, a lo considerado «normal», «propio del sexo», etc., que a la práctica real, explican probablemente esta falta de datos. Narotsky documenta muy bien la marginación del trabajo femenino al mostrar cómo la confección y el dinero que se saca de ello, apenas si

las reestructuraciones diversas de la organización del trabajo doméstico que han suscitado tanto la industrialización de los grandes centros urbanos nacionales o, en medio rural, el desarrollo del sector terciario (construcción, turismo, etc.), la demanda de mano de obra no especializada para la construcción de grandes obras (complejos hidroeléctricos, etc.), como los cambios, de signo contrario, que han seguido al progresivo reflujo o estancamiento de la demanda laboral en la industria y servicios a lo largo de los últimos quince años. En todos estos casos las unidades domésticas han experimentado diversos cambios, económicos (mecanización, inflación del precio de la mano de obra agrícola, diversificación de las fuentes de ingresos, etc.) y demográficos (disminución o aumento de la mano de obra disponible) que han incidido directamente en su organización interna, tan pronto obligando a hombres y mujeres a realizar tareas en las que no solían tomar parte o, por el contrario, liberándoles de las mismas o de otras que, sin embargo, eran parte constituyente de los *habitus* adquiridos (77). Pero, en contra de una visión monolítica del pasado (78), también hay que recordar que muy probablemente la «*casa*» no ha constituido nunca esta entidad cerrada, autónoma, etc., basada en la complementariedad de los sexos, que muchas de nuestras reconstrucciones tienden a presentar; la cuestión suele quedar clara, pero sin atribuirle mayor incidencia (79), cuando se analiza la cooperación entre unidades domésticas en momentos claves del ciclo agropecuario; pero ¿qué pasa con miles de pequeños servicios cotidianos *entre* unidades domésticas separadas: abuelas que guardan los niños, comidas que se llevan a casa de un pariente, servicios menudos entre vecinos, etc.?

La importancia simbólica de las actividades que ambos sexos desempeñan de forma preferente, queda bien señalada por el

son considerados como *trabajo* y como parte de los recursos económicos con los que cuenta la *casa*. (Narotsky S., «Por no ser una carga...»).

(77) Devillard (1988).

(78) Pasado que construimos a menudo con referencia a un *presente* que las mismas condiciones de investigación predisponen a ver *lleno de movimiento y fluido*. Pero ¿tan distinto era el pasado?

(79) Prueba de ello por ejemplo el hecho de que Valdés, al estudiar el «modo de producción doméstico» no haya juzgado necesario incluir las relaciones de cooperación en el mismo (1976).

hecho de que las cualidades que se requieren para llevarlas a buen término constituyen frecuentemente uno de los criterios tomados en consideración para la propia *elección* del cónyuge. Sin embargo, por fundamental que sea la división de las tareas en la organización social campesina, no explica por sí sola la importancia estadística del hecho matrimonial; ni su institucionalización; ni —menos aún— el cuidado con el que se le prepara; baste recordar (80) que aquélla encuentra igual y satisfactoria realización en los grupos domésticos formados por solteros de ambos sexos (sean hermanos o pertenezcan a generaciones distintas). Es obvio que si bien la repartición de las actividades contribuye al mantenimiento inmediato de la unidad doméstica, no asegura su continuidad y reproducción en el tiempo; ésta depende, entre otras cosas, de que el grupo doméstico disponga de los *medios* que le permitan subvenir a sus necesidades, así como de las personas necesarias (en razón de su sexo y edad) para ponerlos en valor de forma continuada a lo largo de todo el ciclo doméstico. Es *en este marco más amplio* donde adquiere su pleno sentido la cuestión matrimonial. De hecho, se verá que el matrimonio no cumple las mismas funciones, ni tiene la misma importancia —ni responde por consiguiente a las mismas *estrategias*— según cual sea y varíe la situación económica, demográfica, social, individual y doméstica.

El análisis de la significación social del matrimonio resulta bastante simplificado cuando se considera el conjunto de prácticas con las que se le acompaña en cada caso (en función del estrato socio-económico, de los antecedentes y circunstancias individuales, del estado civil) y según los momentos. Muy numerosas, éstas atañen tanto a la *decisión* propiamente dicha de casarse y a la *elección* del cónyuge, como a las *condiciones* a las que ambas pueden estar supeditadas: transferencias de bienes, gastos de boda, prestaciones diversas, descendencia, residencia postmatrimonial, etc.

Por fundamental que se considere la formación de la pareja y el matrimonio para la reproducción social, el análisis de la

(80) Devillard (1985); Moreno Navarro (1973).

variación y de la *evolución* tanto de la tasa matrimonial como del celibato es lo que mejor desvela su carácter fundamental de *estrategia*. En efecto y pese a lo que una visión estrechamente subjetivista de la realidad social puede dejar creer, contraer matrimonio, o por el contrario, quedarse célibe, se enmarcan en una serie de condicionantes y circunstancias que hacen difícil pensar que son un mero producto, *repetido estadísticamente*, del libre albedrío (81).

Tanto el matrimonio como el celibato han constituido dos mecanismos de reproducción social, estrechamente interrelacionados, en las casas, regiones y períodos históricos, en los que se practicó la sucesión indivisible. La supuesta generalidad del modelo y la consiguiente *estabilidad* de la estructura social y patrimonial, así como el menor interés (derivado de ello) de los investigadores por el destino de las personas a las que los mecanismos de reproducción imperantes obligan a instalarse neolocalmente, hacen que (a diferencia de las regiones donde no se parte del presupuesto de que el matrimonio y el celibato estén tan estrictamente institucionalizados) dispusiéramos de pocos datos estadísticos sobre la amplitud y características exactas de ambos hechos; escapan así de nuestro conocimiento, a menudo, la evolución de la tasa de nupcialidad, la edad matrimonial, así como la importancia numérica de los célibes que se quedan «*en casa*» en comparación con los que se casan y marchan fuera de la *casa* (y, si viene al caso, de la comunidad).

En dichos casos, es muy común presentar tanto el matrimonio del heredero como el celibato de los hermanos que se quedan en casa, como «consecuencias estructurales» del sistema de reproducción social basado en la herencia indivisible; se entiende que, mientras el primero constituye el medio institucionalizado que

(81) En este sentido, resultaría obviamente simplificador oponer demasiado rígidamente entre sí a dos modelos de matrimonio, uno que sería dominado por el interés individual y/o colectivo (económico, político, simbólico), y el otro que sería guiado por el amor y producto de la *decisión y elección* individuales, de no ser para dar cuenta de una *representación* nativa, ella misma dicotómica; ni coinciden del todo con unas secuencias históricas, ni reflejan la complejidad del hecho social. vs. también Bestard (1986); Mirá (1974).

asegura generación tras generación, y a través de su estricta reglamentación, el mantenimiento y perpetuación material y humano de la unidad doméstica, el destino normal de los segundones es quedarse soltero *en* casa o casarse y buscarse los medios de subsistencia *fuera*; el celibato masculino y la emigración constituían así —para un mismo Ego— unas estrategias alternativas.

No obstante, por muy favorecidas que estén ambas prácticas por el sistema de herencia, su análisis y explicación exige que se las circunscriba históricamente *en el marco de las formaciones sociales y económicas a las que pertenecen*, relacionándolas a la vez con las características de la empresa agraria y con el mercado laboral.

Con variaciones según el contexto socio-económico e histórico, el celibato puede presentar obvias y muy distintas ventajas para la «*casa*». Aunque se alude raramente al celibato femenino (82), éste presenta la clara ventaja de retener la dote que se entrega a las hermanas al casarse; a juzgar por los recientes estudios que documentan las dificultades endémicas suscitadas a veces por el pago de la misma (83), igual interés tenía también el celibato del hombre (84). Con respecto a éste, varios investigadores señalaron además que, en las «*casas*» cuyo patrimonio era medianamente importante, el soltero contribuía a su perpetuación con la aportación —al menor costo posible— de la mano de obra complementaria que su explotación requería (85). Considerado ahora desde el punto de vista del propio interesado, el celibato representaba una vía que permitía asegurar la subsistencia propia, a falta de oportunidades de trabajo al exterior. La cuestión ha cambiado radicalmente a lo largo de los últimos quince años. De un lado, las transformaciones de las condiciones de producción

(82) Bertranpetit, señala Bestard (1986: 124), registró sin embargo, entre 1872 y 1878, una proporción de mujeres solteras superior a la de los hombres.

(83) Roige i Ventura (1987); Soronellas Masdéu (1987).

(84) Comas (en «*Matrimonio, patrimonio...*») señala así que el celibato «evita la dispersión de bienes».

(85) De aquí que no sea de extrañar que, en Huesca, tener a un soltero en casa sea considerado como «una suerte y una señal de prosperidad» (Lisón Arcál: 1986: 91). Varios investigadores apuntan la misma idea.

han vuelto el celibato del segundón obsoleto desde el punto de vista económico-doméstico y no rentable desde una perspectiva individual. Del otro, las dificultades experimentadas por los herederos para encontrar esposa han condenado a muchos de ellos al celibato, convirtiéndose éste en un hecho *disfuncional* (padecido más que producto más o menos generalizado de una estrategia doméstica y/o personal) que —lejos de contribuir positivamente a la reproducción material y social— la vuelve problemática (86).

La importancia numérica del celibato ha sido constatada asimismo por otros tantos autores que han estudiado comunidades donde el modo de sucesión divisible es la práctica dominante. Presenta, sin embargo, unos rasgos que no parecen haberse dado en zonas de herencia indivisible. Este es especialmente el caso de la existencia de grupos domésticos formados por solteros. Aunque no sea exclusivo de Macotera ni de Bencarrón (87), los datos a nuestra disposición sobre ambos pueblos presentan la doble ventaja de constituir unos ejemplos particularmente ilustrativos, y de ofrecer un desglose que facilita su comparación: mientras que, en Macotera, en 1960, el número de unidades de residencia con uno, dos, tres, cuatro y cinco solteros se elevaba a 29, 12, 9, 2 y 3 respectivamente, el de Bencarrón, en 1965, era de 47, 24, 2, 2 y cero. A los datos de Macotera conviene añadir además, con respecto al mismo período, un número absoluto muy elevado de miembros del clero, tanto regular como secular.

Si bien, como lo indica Brandes (88), los dos tipos de datos requieren tal vez explicaciones distintas, la importancia del celibato no se puede aislar totalmente del hecho de alcance más general de que ocurra, al igual que en los demás sitios donde se observa, en comunidades donde es particularmente elevado el número total de personas de edad avanzada que permanecen solteras, viven solas, con otros hermanos/as (u otros parientes) igualmente solteros, con sus padres, o con un hermano/a casado/a y la familia de procreación de éste/a. En cualquier caso y contrariamente a lo que

(86) Comas (1987); Douglass, Aceves (1976).

(87) Devillard (1985); Moreno Navarro (1973).

(88) Brandes (1976).

ha ocurrido en las zonas donde el sistema de herencia indivisible puede dar la ilusión de que éste ofrece una explicación suficiente, ambas cuestiones han sido interpretadas aquí de forma variada y divergente.

Pese a que Moreno Navarro observara la mayor frecuencia de la soltería entre los pequeños propietarios (con lo que cabría esperar que daría mayor importancia explicativa a los condicionantes socio-económicos), atribuye su práctica a la vitalidad de los *lazos consanguíneos* y a la cohesión de la familia que éstos suscitan en detrimento de la creación de lazos conyugales (89); queda, no obstante, sin aclarar si los lazos consanguíneos son más fuertes en dicho estrato y por qué, o —de no ser así— a qué se debe que la familia conyugal se imponga mejor en los demás estratos. Aunque próximo al planteamiento de Brandes, se diferencia en el hecho de que este último autor advierte una relación más explícita entre la naturaleza de las relaciones familiares (presión psicológica ejercida por los padres/dependencia afectiva de los hijos) y las necesidades y los fines (de índole económica, en última instancia) que las sustentan; una plétora de razones distintas, grupales y/o individuales, llevan a los individuos a permanecer solteros; así entendido, lo económico interviene en el celibato en tanto que éste es producto *indirecto* de los *intereses* de los actores (el/los soltero/s y/o su entorno) más que del sistema de condicionantes económicos donde se enmarcan las «decisiones» y prácticas individuales (90).

Contrastando con ambos, la interpretación de Martínez Veiga así como la mía propia, tienen un cariz más nítidamente *contextual*. Pese a las diferencias que separan nuestras interpretaciones, ambos mostramos que *no constituye un rasgo secular* (91). En este sentido resulta sugestivo comprobar que los propios datos de Moreno Navarro (procedentes del censo de 1965), así como los de Brandes, no excluyen que fuera también el caso de Bencarrón así como de Becedas. De no ser esta coincidencia meramente

(89) Moreno Navarro (1973: 230).

(90) Brandes (1976: 215).

(91) Devillard (1985: 214, 223); Martínez Veiga (1985: 66).

casual, invita a plantearse qué factores comunes o propios de la coyuntura histórica pueden haber propiciado que un número relativamente alto de habitantes (a menudo, hermanos entre sí) de Bencarrón, Becedas, Macotera, Riego, etc., hayan permanecido solteros en aquella misma época.

Martínez Veiga atribuye la soltería —a la par que las bajas tasas de nupcialidad y de fecundidad— a la acción conjunta de varios factores entre los cuales destaca el «*proceso de campesinización*» (92) y la introducción del seguro de vejez: en un primer momento, al identificarse todavía el matrimonio con la prole y haber dejado de depender de ésta los medios de vida durante la vejez, el celibato ha aumentado; su posterior disminución y aumento de la tasa nupcial se debería a un cambio cualitativo de lo que el matrimonio representa (93).

Pero, si así se explica el celibato, no se percibe claramente la naturaleza del nexo que dicho autor establece entre aquél y la emigración cuando sugiere que «el fenómeno que fuerza a algunos a la emigración determina a su vez a otros el quedarse solteros dentro de la comunidad» (94). Por mi parte y valiéndome de las diferencias que exhibía la comparación de dos pueblos con características demográficas, ecológicas y socio-económicas distintas, procuré mostrar cómo, en Macotera, el celibato (bajo su doble forma, laica y eclesiástica), adecuadamente respaldado por el sistema ideológico (idealización de los lazos consanguíneos, neutralización de las diferencias entre los estados de casados y de solteros, religión, etc.) había constituido en la década de los años sesenta *una* de las estrategias con la que los labradores (no así los obreros) habían respondido al incremento de la presión sobre la tierra (95). Retrasar el matrimonio, quedarse soltero o entrar en órdenes religiosas han contribuido a limitar momentáneamente la emigración y han funcionado, al igual que ésta, como medios más o menos explícitos de lograr limitar dicha presión. Durante la

(92) Expresión con la que el autor hace referencia a la transformación de los antiguos obreros en empresarios agrícolas (*ibidem*, p. 80).

(93) *Ibidem*, p. 79.

(94) *Ibidem*, p. 68.

(95) Devillard (1985: 227).

década 1960-1970, coincidiendo con la posibilidad de emigrar al extranjero, dejó de ser apetecible quedarse en el pueblo, estabilizándose así el número de grupos domésticos formados por solteros.

En resumen, todo parece indicar que el matrimonio y el celibato constituyen estrategias de reproducción, bien *complementarias*, o bien *alternativas*, cuya importancia varía según el contexto social e histórico (más fundamentalmente con la distribución de los medios de producción, las condiciones de producción y el mercado de trabajo, etc.) y las expectativas que éste ofrece a cada cual con arreglo a su posición de clase. En este sentido, el examen paralelo del matrimonio y del celibato sugiere claramente que, por funcional que resulte el primero, por muy regulado e institucionalizado que esté, y por grande sea su importancia, constituye una respuesta, enmarcada histórica y socioculturalmente, sujeta a variaciones que se manifiestan en los diversos aspectos ligados al mismo.

El matrimonio es en efecto la institución más esencial con que la empresa familiar *se dota de los recursos materiales y humanos* que precisa: legitima la descendencia, contribuyendo así a asegurar la reproducción de los procesos de producción y de sucesión por la aportación de la mano de obra y del relevo necesarios; crea o renueva alianzas útiles a distintos efectos (cooperación, ayudas, préstamos, intercambios, etc.); y, en su caso, dota a la casa con un conjunto de medios materiales (dinero, bienes muebles, inmuebles, etc.). No obstante, aún cuando todos estos aspectos suelen estar presentes, ni poseen *siempre y en todas partes*, el mismo peso, ni suscitan la misma aplicación. Por otra parte, la importancia del matrimonio no afecta a todos por igual; junto a las diferencias derivadas de la estratificación social, no es lo mismo ser hombre que mujer, heredero que segundón, ni tampoco primogénito/a o ultimogénito/a.

Siempre que la formación de la pareja constituye un *enjeu* individual y/o social, la elección del cónyuge es la piedra angular de la *política* matrimonial. Aunque no pueda detenerme en ello, cabe recordar que su importancia queda bien señalada por el

control social del que es objeto: en el papel (variable) que desempeñan los padres en la elección y/o aceptación del cónyuge, en las distintas etapas más o menos reglamentadas y ritualizadas por las que la futura pareja tiene que pasar, así como en las transferencias de bienes y servicios que acompañan el enlace matrimonial, si viene al caso. Tras las «normas», refrendadas por la comunidad, que explican por sí solas aparentemente el hecho matrimonial («*ser hijo del pueblo*», «*ser de la misma sangre*», «*ser de su igual*», etc.); tras las intervenciones de amigos y parientes que animan o desaconsejan una u otra relación; tras las personas, las instituciones y los grupos que canalizan de forma indirecta los encuentros (lugares autorizados, pandillas, casamenteros, etc.); tras los dichos («*mejor vale lo malo conocido que lo bueno por conocer*», «*el que se casa fuera va a engañar o a que le engañen*», etc.) y las costumbres (hacer «*pagar el vino*» o «*la entrada*» al forastero que corteja a una joven del pueblo, las «*cencerradas*» con ocasión de las segundas nupcias, etc.) que sancionan las uniones indeseables; tras las ideas y representaciones con las que se conceptualizan tanto el matrimonio como el celibato, así como el papel de los hombres y de las mujeres cara a la producción y la reproducción, etc., se imponen una y otra vez las condiciones básicas de reproducción social. En términos generales, el matrimonio parece estar tanto más sometido a regulación cuanto más numerosas e importantes son las ventajas individuales y/o colectivas (económicas, políticas, prestigio social, etc.) esperadas. En este sentido, las bodas precedidas (y condicionadas) por la negociación de la dote y de capitulaciones matrimoniales, y las que se inician por el hecho de «*llevarse a la novia*» (96) constituyen una clara muestra de *procesos y estrategias* matrimoniales radicalmente opuestos.

Si cupiera resumir con una sola palabra la política matrimonial, la *endogamia* sería tal vez la que mejor reflejaría las tendencias dominantes, siempre que se las considere en conjunto: *endogamia local*, *endogamia familiar*, *endogamia ocupacional*, *endogamia de estrato* (homogamia). Reunir bajo un mismo epígrafe estos

(96) Para una puesta al día sobre este tema, véase Frigole (1984).

distintos niveles endogámicos no conlleva ningún ánimo de subsumirlos negando su importancia y peculiaridad. Tan sólo se pretende dejar constancia que todas estas estrategias responden a unas lógicas parecidas que, dadas determinadas circunstancias, las unen entre sí, a menudo, de forma cuasi inevitable.

Definir previamente estas condiciones constituye, por lo tanto, el marco imprescindible donde enmarcar las prácticas matrimoniales y hacerlas inteligibles sin caer —como lo denuncia Bourdieu— en la falsa alternativa objetivista (norma)/subjektivista (libre decisión): el sector y el tipo de actividad productiva (agrícola, ganadera, comercial o de pesca), la situación laboral (asalariado, autónomo), las condiciones de producción (régimen de tenencia, nivel de las fuerzas productivas), las características económicas y sociales de la empresa), las posibilidades externas (mercado de trabajo, reconversión laboral, etc.), la posición de clase (riqueza, nivel cultural), etc., pero también el sexo, la edad, la posición en el seno de la familia (hijo/a único/a, número y sexo de los hermanos), el estado civil, y el capital simbólico que aportan el matrimonio y/o determinados enlaces, etc., definen así los márgenes con los que el gusto y el amor (orientados ellos mismos por el *habitus*) establecen habitualmente un compromiso en la elección del cónyuge.

¿Qué favorece entonces la *endogamia local*? Casarse dentro de un núcleo donde se da una intensa red de interrelaciones directas o indirectas proporciona no sólo una mayor probabilidad de que los futuros cónyuges compartan los mismos valores y usos sociales (97), sino también un medio de *información* y de *conocimiento* del cónyuge y de su familia (98) que se valora tanto más positivamente cuanto que la reproducción doméstica, presente y/o futura, depende más estrechamente de las cualidades individuales, del conjunto de habilidades adquirido a lo largo del proceso de socialización primario, de los antecedentes y de la situación económica familiar.

(97) «Lo bueno» se asocia más a menudo con «lo propio» y «lo próximo» que con «lo ajeno» y «lo lejano».

(98) Pérez-Díaz (1972).

Las dificultades de comunicación así como las menores oportunidades de entrar en contacto con el exterior son insuficientes para dar cuenta de la endogamia local (99). Como lo demuestran hasta la saciedad la mayoría de los investigadores, mayor valor explicativo tiene el hecho de que permita una mayor concentración espacial de los medios de producción inmuebles. La relación que la une con las condiciones de producción queda así bien reflejada por el hecho de que sea la práctica dominante entre los propietarios que trabajan directamente la tierra; que las áreas matrimoniales parezcan más cerradas en tanto que se dividen los bienes; que, por el contrario, el incremento de la mecanización la haga menos perentoria (100); y que los jornaleros de un lado, los grandes propietarios que no explotan personalmente su patrimonio del otro, así como las personas cuya actividad se desarrolla en el sector secundario o terciario, suelen ostentar los mayores porcentajes de exogamia local (101).

De hecho, la estrecha relación entre la endogamia local y las condiciones de reproducción social (actividad laboral del hombre, necesidad de ampliar el patrimonio) se desvela asimismo a través de la desigual *distribución por sexo* de los forasteros/as: de no ser que se den condiciones especiales (hija única; trabajos eventuales que, al traer al pueblo a forasteros, trastocan momentáneamente las modalidades de reproducción corrientes; pueblo de la esposa más rico, etc.), el número de forasteras, entre los residentes, suele ser mayor que el de los forasteros (102). El campo matrimonial femenino resulta así más amplio que el masculino, siendo las propias necesidades profesionales de los hombres (su grado de vinculación con el sector primario) las que marcan en gran medida su límite externo.

(99) Tal vez Bestard sea quién más claramente lo demuestra al mostrar cómo, pese a que la emigración temporal a ultramar haya sido un mecanismo normal de reproducción doméstica, no cambiaba el que los hombres siguieran casándose con una mujer de la isla y dentro de unas áreas matrimoniales relativamente cerradas; lejos de derivar de la emigración, la diversificación de las fuentes de subsistencia es lo que ha introducido los verdaderos cambios en la materia.

(100) Mira (1980: 45); Otegui (1983).

(101) Barrera (1982: 145); Luque (1972); Mira (1980: 97).

(102) Devillard (1981); Freeman (1979); Mira (1974).

Aquellas mismas condiciones soslayan por ende la *endogamia familiar*. Pero, ante todo, precisemos en qué términos se plantea el problema. Ya sabemos que el mero hecho de darse relaciones consanguíneas o de que se establezcan relaciones de afinidad no conlleva automáticamente un reconocimiento paralelo de las mismas a efectos sociales; como se observó en la discusión anterior sobre la instrumentalización del parentesco, las relaciones engendradas por la consanguinidad y la afinidad son diversamente reconocidas, valoradas, y utilizadas. En cualquier caso, el hecho de que quepa interrogarse sobre el papel del parentesco «*dans la longue durée*», es decir a un nivel que escapa fundamentalmente a las voluntades y/o a los intereses individuales, indica que la cuestión no se satisface con respuestas que enfrentan meramente el planteamiento biológico con el antropológico. Pues bien ¿en qué medida la comprobación de que se den matrimonios entre consanguíneos más o menos próximos permite concluir que la *endogamia familiar* constituye una estrategia doméstica peculiar, que la *distingue* de las otras formas de endogamia?

Al hablar de endogamia familiar, suele venir inmediatamente a la mente el *matrimonio entre primos carnales*. Casarse con un pariente próximo supone —en una sociedad en la que el parentesco prohíbe determinadas relaciones pero no prescribe al cónyuge— una *limitación* dentro de un campo matrimonial *a priori* más amplio. Así considerado, el matrimonio entre primos carnales respondería más claramente a una *política matrimonial* distintiva que los enlaces entre parientes más alejados, con respecto a los cuales siempre se podría aducir que son inevitables dados los condicionamientos a los que está sometida la elección del cónyuge (103).

(103) Esta posición no es la de Bestard cuando defiende que, mediante estos últimos, las *casas* reanudan y reestrechan unos lazos de parentesco cuya vitalidad —de no ser así— irían decayendo.

Lo cierto es que los matrimonios entre parientes alejados no se distribuyen, estadísticamente hablando, al azar. Yo misma constaté en Macotera (Salamanca) que, mientras los matrimonios consanguíneos van creciendo conforme los cónyuges se alejan de la estirpe común hasta el tercer grado (cuyo número casi se triplica con respecto al de los matrimonios entre primos hermanos), disminuyen sistemática y rotundamente en los grados siguientes. Personalmente concluí que —en igualdad de condiciones con respecto a

Casi es un lugar común afirmar que aquellos enlaces constituyen la estrategia matrimonial por excelencia cuando se parten los bienes: el matrimonio reuniría lo que la herencia divide. El paso queda abierto para homologar la práctica vigente en la Península con la que se considera típica de los sistemas mediterráneos (104). Sin embargo, la realidad no confirma este cuadro: pese a la pobreza de los datos, los existentes parecen indicar que dichos matrimonios no constituyen, ni mucho menos, una estrategia privilegiada o corriente (105).

Sin pretender agotar con ello las causas que entran en juego, el énfasis con el que se da a menudo *por supuesta* la importancia (tanto cuantitativa como normativa) del matrimonio entre primos obliga a recordar —como así ya lo advirtieron hace tiempo tanto

los demás factores (económicos especialmente) que intervienen en la elección de la pareja— los parientes en tercer grado definen un campo en el cual se potencia la elección matrimonial, dejando de actuar la consanguinidad más allá. Caso distinto ha sido el de Formentera, durante el decenio 1978 y 1988, donde los matrimonios entre parientes de tercer grado con cuarto, y de cuarto con cuarto, aumentaban de forma sensible la proporción de los consanguíneos con respecto a su número total (del 18,7 % hasta el tercer grado pasan al 48,9 %). Las diferencias entre ambos casos no pueden menos que llamar la atención y apelan un análisis más pormenorizado que permita explicarlas comparativamente.

(104) La convicción de que se trata de una estrategia generalizada es tan grande que Sanmartín edificó todo un aparato formal (una simulación) para tratar de explicar por qué El Palmar *se aleja* de esta supuesta pauta general.

(105) La Vega pasiega sería (Freeman 1979: 190), me parece, la única comunidad donde éstos superan ampliamente (63 %) las demás categorías de matrimonios entre consanguíneos (los cuales representan un 17 % del total de los matrimonios computados). En las demás comunidades los matrimonios entre primos carnales son poco numerosos: un 4,2 % en Macotera entre 1921 y 1970, y un 7,6 % entre 1941 y 1976 en Formentera, por ejemplo (Bestard, 1986: 163; Devillard, 1977). Todavía más reducido es su número en Cabeza de Framontanos y en El Palmar: un 2,3 % sobre un total de 445 matrimonios celebrados a lo largo de un siglo hasta 1975, y un 1,56 % (número total de matrimonios: 458), a lo largo de 44 años comprendidos entre 1930 y 1976, respectivamente (Devillard (1981); Sanmartín, 1982: 131).

Poner las cosas en su lugar es tanto más necesario cuanto que se trata de hechos sobre los cuales los propios informantes tienden a llamar la atención del investigador; ello no significa necesariamente que constituya una práctica tan generalizada como lo deja entender la frecuencia con que la aluden; cabe la interpretación de que se destaque por no considerarla deseable, en sí misma o por lo que implica en otros ámbitos de realidad; en esta última eventualidad, los informantes resaltarían en realidad ciertos rasgos de las estrategias matrimoniales como la tendencia a «juntar las parcelas», a la homogamia, a la concentración de la tierra, de la riqueza, y/o del poder, etc. Así entendido, el matrimonio entre primos (y así las relaciones de parentesco) vendría a ser el *lenguaje* con el que se habla en realidad de hechos ajenos al parentesco. Bestard defiende la misma idea (1986: 141).

Pitt-Rivers como Lisón Tolosana— que dichos enlaces están sometidos a diversos condicionantes, económicos y demográficos, que los hacen más o menos beneficiosos y aconsejables (106). De hecho, vamos a ver que se presenta claramente como una *estrategia de estrato*. De aquí que haya de ser considerado dentro de este marco más general.

Si los enlaces matrimoniales suelen darse entre personas con las que se mantiene (como mínimo) el *statu quo ante*, ello pasa a menudo primero por la endogamia *ocupacional* con respecto a los grupos de origen (107). La de estrato es, paralelamente, la segunda vía por la que se trata de asegurar la reproducción social mediante el matrimonio. De una manera general (108), se desprende de la lectura de las monografías que los estratos más propensos a la endogamia (de no ser posible la hipergamia) son aquéllos cuya reproducción *depende más estrecha y obligaoriamente* de la propiedad/posesión de la tierra; paralelamente, la elección matrimonial sería relativamente más flexible en los dos extremos de la estratificación social (109). No obstante, la cuestión varía con la distribución de la tierra: la tasa de exogamia de estrato entre los más favorecidos es mayor cuando se da un relativo *continuum* en la propiedad/posesión de los bienes de producción (110); por el contrario, a mayor diferencia patrimonial (y/o diferencia cultural y social) entre estratos sucesivos, se da paralelamente una mayor tendencia a la endogamia de estrato, siendo esto válido también en ambos extremos de la escala social, tanto entre los pastores y/o peones como entre los grandes propietarios (111).

(106) Lisón Tolosana (1971: 322-323); Pitt-Rivers (1971: 104-105).

(107) Devillard (1985: 218); Sanmartín (1982: 128).

(108) A notar que la comparación resulta delicada, dado que los criterios seguidos por los distintos investigadores para definir los estratos sociales varían considerablemente.

(109) Si bien, como Mira lo observa (1980: 97), la propiedad de la tierra está en la base tanto de la endogamia de estrato como de la endogamia local, no implica que vayan necesariamente aparejadas. Mantener el *statu quo ante* puede llevar a los ricos a buscar pareja fuera de la comunidad (Navarro Alcalá-Zamora, 1979: 227).

(110) Es claramente el caso, por ejemplo, de Jaral de la Sierra (Luque, 1974: 215-217). Como lo señalé en otro lugar, la elección del cónyuge resulta de hecho subordinada al número de hijuelas entre las cuales quedará dividido el patrimonio familiar (Devillard, 1985: 218).

(111) Especificar, como hace Barrera (1982), que la endogamia de los primeros se diferencia de la de los segundos por el hecho de que la procedencia del cónyuge es el

Se entiende así, a la vez, la mayor frecuencia de los matrimonios consanguíneos entre los ricos, y su relativa inexistencia entre los pobres (112): de no haber una política clara de limitación de la natalidad, o un sistema de herencia que evite la desintegración patrimonial que plantea en mayor medida un número de hijos superior a dos, los primos carnales —en una sociedad de marcada discontinuidad social y económica entre estratos vecinos— están, con mayor probabilidad, en condición de aportar un patrimonio susceptible de contrarrestar los efectos de la futura división de los bienes. Las condiciones están abiertas para que se concentre entre pocas manos, *vía* las estrategias matrimoniales específicas, el poder económico, político, etc.; la endogamia de estrato engendra entonces endogamia de familia y recíprocamente, reforzándose mutuamente generación tras generación de tal forma que, en ciertos lugares, no sean ni una ni dos dispensas matrimoniales las que se acaban necesitando sino muchas más (113).

El hecho de que ciertas prácticas matrimoniales cobren sentido enmarcadas en el contexto más amplio de la *endogamia de estrato* muestra, en primer lugar, que aquéllas no pueden ser asimiladas, sin estudio previo, con estrategias *cuyo único y/o principal fin* sería consolidar relaciones de parentesco ya existentes, renovarlas o crear nuevas; en segundo lugar, que se trata de prácticas *alternativas*, junto a otras con las que se pueden conseguir resultados similares (114); por último, que dónde coinciden las relaciones de parentesco con el estrato socio-económico, ambos

resultado de su exclusión por parte de los más favorecidos, deriva de una concepción estrechamente voluntarista del concepto *estrategia*. Igual comentario se puede hacer con respecto a la oposición entre barrios/casco a la que Freeman (1979) hace referencia, como lo demuestra el hecho de que los ganaderos del casco tengan las mismas pautas matrimoniales que los de los barrios.

(112) Freeman (1979: 191); Mira (1980: 102); Pérez Díaz (1972: 86).

(113) Devillard (1985).

(114) El matrimonio entre afines (levirato, sororato) y el intercambio de hermanas son otras de ellas. Barrera (198); Bestard (1986); Devillard (1977; 1981); Jociles (198); Luque (1972); Otegui (198); Rivas (1986). Tras el evidente reforzamiento de los lazos de parentesco, se desvela una vez más la estrecha y compleja imbricación de los aspectos simbólicos (parentesco) con los económicos.

Mira (1973) recuerda sin embargo que la endogamia de familia no es la única estrategia con la que se consigue igual propósito.

criterios de pertenencia pueden *reforzarse mutuamente*, presentando así una apariencia de impenetrabilidad.

Reproducción doméstica y transferencias de bienes

Por plantearse en términos algo distintos, la endogamia de estrato no es menor en las casas donde los bienes se transmiten de forma indivisible; muy al contrario, se presenta a menudo aún más a las claras ya que forma parte —en el caso del (de la) heredero(a) especialmente— de una política matrimonial *consciente*, controlada, y respaldada por una ideología de la «casa» (mantenimiento e integridad, atemporalidad, buen nombre, etc.) que convierte la «necesidad» económica, individual y/o socialmente definida (léase tanto la que define la mera supervivencia como la que permite asegurar la reproducción de la posición social), en *obligación* moral y social que encuentra, a su vez, una eficaz confirmación en la existencia (y, por lo tanto, la puesta a disposición) de un cuerpo jurídico (alternativo) bien establecido (derecho foral).

Dicho sistema de reproducción social (tal como se suele presentar y oponer al que se asocia con la herencia divisible) se articularía concretamente alrededor de los aspectos sociales y económicos siguientes (115): el matrimonio del heredero/a es concertado por los padres o, por lo menos, la elección de la (del) novia(o) está sometida a su aprobación (de no ser así aquéllos no extenderían capitulaciones matrimoniales a favor de la pareja); dicho asentimiento está condicionado por las cualidades del/de la aspirante y, sobre todo, por su pertenencia a una «casa» que esté en condición de entregar una dote proporcionada a la posición social que ocupará al casarse con el heredero/a de la casa X... (la cual ocupa un lugar específico en la estructura social, económica y política) y que permita mantener la integridad material de la «casa» compensando las mermas que deriven de la entrega de las

(115) En ambos casos, se tratan de «modelos» relativamente estereotipados, donde se discierne mal lo que pertenece a la normativa legal y/o consuetudinaria, a las representaciones de los nativos, y a la (supuesta) práctica tal como el antropólogo la reconstruye con la colaboración de aquéllos, o basándose en documentos notariales.

legítimas de los hermanos/as no herederos/as; las capitulaciones matrimoniales definen las obligaciones de las distintas partes: la cuantía y naturaleza de los bienes que el matrimonio donante entrega al heredero, los derechos que aquél mantiene mientras viva (residencia, control de los bienes, etc.), las obligaciones a las que el donatario y su cónyuge se comprometen (trabajo productivo, convivencia con los padres, cuidado y mantenimiento de los mismos, alojamiento de los hermanos solteros y entrega —si viene al caso— de la dote que les corresponda). Este sistema de reproducción social enlazaría así la convivencia obligada y estable de dos unidades conyugales durante una parte importante del ciclo doméstico, el control de los medios de producción, la transmisión de los bienes patrimoniales, la sumisión del heredero(a) a sus padres con respecto a la elección de su cónyuge y el momento en el que contrae matrimonio, la endogamia de estrato, la aportación de la dote del cónyuge, la subordinación más o menos prolongada del matrimonio joven a la voluntad y autoridad de aquéllos, los derechos y obligaciones domésticas y productivas, la salida de los segundones y entrega de la dote con la que quedan desligados de la «casa», las tensiones y conflictos interfamiliares e intradomésticos que todo ello conlleva, la obligación de tener descendencia, las representaciones en torno a la «casa» y a su reproducción material y humana («continuidad», «engrandecimiento», «una misma sangre», etc.), y la aparente abdicación («todo por la casa») de los individuos ante la misma sintetizada en la continuidad del «nombre». Reificada la ideología de la «casa», ésta parece envolver y superar a los individuos, transformándoles en meros epígonos y beneficiarios temporales de una situación ya creada que tendrían obligación moral de salvaguardar, engrandecer y transmitir. La sabia conjunción de los intereses individuales con los supuestamente *casales* (como si de persona se tratase) y los *habitus* adquiridos en dicho marco por los beneficiarios y los no beneficiarios aseguran en principio la reproducción del sistema *generación tras generación*, originando un valor simbólico añadido (antigüedad de la casa) que contribuye, a su vez, a su perpetuación.

Aunque estas estrategias y procesos se presenten *diferidos*

temporalmente y menos *reglamentadas*, la ligazón entre las distintas prácticas asociadas a la herencia divisible no es menor: el mantenimiento del control sobre los medios de producción, las estrategias matrimoniales (endogamia, edad, momento del enlace), el celibato (laico y eclesiástico), la emigración, la práctica residencial (la neolocalidad combinada a menudo con la patriuxorilocalidad del/de la menor de los hijos), las transferencias del usufructo de los bienes y los sistemas de asistencia a los viejos (transferencia de una «*renta*» o «*asignado*» a los padres que han entregado la *posesión* de los bienes, «*ir a meses*», etc.), la devolución de un «*suelo*» al hijo que trabaja la tierra, la herencia (con «*mejora*» o sin ella), etc., forman a su vez un entramado complicado de *estrategias* que no se pueden estudiar de forma aislada.

Ciertamente las estrechas interrelaciones entre aspectos tan diversos de la realidad social y cultural, así como la perennidad que se les atribuye, contribuyeron a formar la visión dicotómica que se expresó tanto en la división entre Norte y Sur como en la interpretación en términos de «*clusters of meaning*» (Lisón Tolosana) a los que ya aludí al principio de este artículo. Cada una en su ámbito, estas dos representaciones dicotómicas tenían la virtud de presentar los hechos bajo un ángulo *sistémico*. No obstante, el valor tanto descriptivo como explicativo de estos modelos empieza a resquebrarse con los resultados de investigaciones más recientes.

La misma expresión «*cluster of meaning*» puede inducir a equívoco si sólo se retiene (como sucede frecuentemente cuando se privilegia, en el análisis, el sistema representacional y/o normativo) el énfasis sobre el sistema de valor. De hecho, tres grandes causas contribuyen a mantener vivo el planteamiento normativo entre nosotros (116). Primero, la dificultad inherente al hecho de

(116) Esta dificultad queda bien ilustrada por la investigación reciente de Jociles. Pese a la riqueza del material y al esmero con que la autora procura deslindar la práctica de las representaciones, la naturaleza real del modelo permanece incierto: «En ...[zona de herederu] —apunta, por ejemplo— el *sistema* hereditario *tiende a privilegiar* a los primogénitos varones, que casi siempre *resultan* escogidos como herederos... y de ello deriva que sean, sobre todo, ellos los que se instalen patrilocalmente». Su fundamento *normativo*

convertir la práctica en objeto de estudio, de reflexión, de discurso, e incluso de un *escrito* (117). En segundo lugar, la doble tendencia a confundirla con la reglamentación jurídica, y a tratar esta última como si constituyera en sí misma una *explicación suficiente*. A todas luces y por interesantes que sean fuentes como las capitulaciones matrimoniales por ejemplo, son insuficientes para dar cuenta por sí solas de la complejidad socio-cultural (118). Por último, el hecho de que muy a menudo no nos planteemos (si acaso incidentalmente, dedicando algún párrafo o algunas páginas marginales) cómo los que salen perjudicados por la práctica hereditaria reaccionan ante ella y la interpretan, no favorece que pongamos en duda su vigencia como tal, ni permite tampoco confirmar que aquellas *representaciones* (formalizadas jurídicamente o no) puedan considerarse como los elementos definitivamente diferenciadores y generalizables, a fines comparativos y tipológicos.

Está fuera de duda que la existencia de aquellos sistemas de reproducción social (unidos a menudo a la existencia de un código foral escrito) contribuye a la producción de un sistema de ideas y representaciones con el que los agentes miran, aprehenden, interpretan y conciben el mundo que les rodea, deciden, dan sentido y explican sus acciones presentes y pasadas, y enfrentan el

queda más claro cuando la autora compara dicho sistema de herencia con lo que ocurre en las zonas donde los bienes se parten a partes iguales con mejora: «...no es el sistema hereditario *el que hace inteligible* que sean principalmente los benjamines los que suelen adoptar una residencia patrilocal, sino aquella *predisposición negativa* —de la que se hablaba— a ponerse a vivir con los padres cuando todavía hay otros hermanos con ellos». Sin embargo, en este último caso, el que el último en casarse sea el que suele instalarse patrilocalmente: «no significa que sea así siempre, dependiendo ello de los otros factores, como la edad de los padres, con incidencia en tales *decisiones*» (el subrayado es mío).

¿Por qué adoptar en un caso el lenguaje de la regla (consuetudinaria y/o jurídica), y en el otro el de la *acción racional y/o estratégica*? ¿Es un sistema más rígido que el otro? ¿El que el primero esté más generalizado y sea sistemáticamente practicado es argumento suficiente para no aplicarle el mismo razonamiento? ¿No podría pensarse que la primogenitura masculina fuera, *bajo determinadas condiciones de producción*, el mecanismo más adecuado para asegurar la viabilidad, rentabilidad y reproducción adecuada de la explotación?

(117) Bourdieu P., *El sentido práctico*, Editions de Minuit, 1980.

(118) La investigación de Douglass en Murélagu ya obligaba a preguntarse por ejemplo, de un lado, si se hacen capitulaciones matrimoniales en todas las casas, independientemente de su posición socio-económica; por otro lado, en qué medida las capitulaciones se respetan y reflejan toda la práctica.

futuro. Expresado de otro modo, la normativa legal y/o consuetudinaria, las representaciones sobre ambas, y el capital simbólico asociados al conjunto, se codean con la práctica real (producto no necesariamente consciente de la situación y del saber de cada cual) para conformar, cada una con su ritmo propio, tanto ésta como aquéllas.

Sin embargo, para apreciar en su justa medida el sentido y eficacia exactos de estos sistemas, es preciso *situarlos* históricamente y definir las *condiciones que favorecen su actualización, defensa (verbal y no verbal), mantenimiento o desaparición*. Como lo demuestra *a contrario* el hecho de que muchas de aquellas estrategias (el propio sistema de herencia unilateral, la sumisión de los hijos a los padres con respecto a la elección del cónyuge, el establecimiento de capitulaciones matrimoniales, etc.) se vayan abandonando, y el que se hayan dado o se mantengan únicamente entre los más ricos (119), etc., es preciso recordar que adquieren su sentido y cobran efectivamente realidad *desde unos contextos sociales y económicos* en los que los intereses de los padres y los propios del futuro heredero (concebidos con arreglo a sus *habitus* respectivos) pueden encontrar satisfacción en dicha forma de reproducción social.

Por ejemplo, tener la posibilidad de quedarse en «*casa*», bajo la promesa de heredarla, constituye un aliciente (*amparado, legitimado* por —y eventualmente *disfrazado* tras— la *obligatoriedad* de la ley y/o de la «norma» consuetudinaria) nada desdeñable en situaciones en las que faltan oportunidades de trabajo (posibilidad de encontrar una casa o de poseer los medios de producción que permitan independizarse, etc.) en otro lugar, o en las que el quedarse en casa ofrece (sigue ofreciendo) una situación que el interesado considera (con arreglo a sus *habitus*) ventajosa o apetecible (económica, individual o socialmente). Asimismo, en lo que concierne a los donantes, dichos ofrecimientos se imponen con tanta más fuerza cuanto que faltan (faltaban) medios propios (disposición de numerario para pagar los servicios de criados,

(119) Bestard (1986: 147 y s.); Cucó (1982: 230-235); Devillard (1985: 216-217); Mira (1974; 1980: 91 y s.).

obreros, enfermeras, etc.), ajenos (existencia de un mercado de trabajo que permita contratar estos servicios) o institucionalizados (pensión de vejez), para asegurar su propia reproducción hasta el final de su vida. La coresidencia en *su* casa constituye obviamente el mecanismo más sencillo y menos traumático (120) para asegurarse la presencia de las personas que les cuidarán cuando les falte la capacidad de valerse por sí mismos. Paralelamente, mantener el control de los medios de producción el mayor tiempo posible ha constituido durante mucho tiempo la fórmula más asequible de afianzar la reproducción propia mediante la sumisión y benevolencia de los hijos (121). Igualmente, no es difícil señalar cómo el control de la novia por parte de los padres está directamente ligado al hecho de que éstos son los que, al controlar los medios de producción y por lo tanto de reproducción, están en situación de imponer sus propios criterios y de negociar el matrimonio. Desaparecidas las condiciones que hacen esta dependencia inexorable, tiende a desaparecer también esta forma de control (122).

En todos estos casos, como en la exposición de otras prácticas a lo largo de este capítulo, uno no puede hacer menos que constatar que *una gran parte* del sentido histórico de las estrategias de los unos y de los otros se desvela analizando las relaciones entre la situación doméstica y la formación social y económica. De hecho, la progresiva evolución constatada por varios autores desde un sistema de herencia unilateral hacia la división de los bienes, con el paso del tiempo, ha sido simultáneo a una evolución paralela del mercado de trabajo (123).

(120) En zonas/casas donde los bienes se dividen, «*ir a meses*» por las casas de los hijos constituye una fórmula, a la que los viejos se resignan difícilmente y que procuran diferir al máximo.

(121) Behar (1986: 104); Devillard (1981; 1985).

(122) Ahora bien, esto no significa —como ya se recordó al principio de este apartado— que la elección de la/del novia/o pase a ser tan *libre* de contingencias y predisposiciones como la expresión *matrimonio de amor* lo hace creer (Bestard (1986); Lisón Arcal (1986); Luque Baena (1972); etc.).

(123) La relación existente entre la situación laboral en el conjunto de la formación social y las modalidades específicas de reproducción doméstica parece vislumbrarse bastante claramente cuando se comparan las monografías de Lisón Tolosana y de Douglass sobre Galicia y la evolución de dos comunidades del País Vasco respectivamente: mientras

Estas constataciones se bastan a sí mismas para relativizar las conclusiones sacadas a partir de análisis normativos. No obstante, contrariamente a lo que una práctica antropológica bien establecida puede hacer creer, tampoco se resuelve completamente la cuestión confrontando el supuesto «modelo ideal» con el que se saca de la acción. Además de las múltiples dificultades metodológicas inherentes a la construcción propiamente dicha de los modelos sacados a partir de estos dos niveles de realidad (124), la contextualización sigue siendo necesaria tanto cuando la *regla* refleja una regularidad estadística como cuando se entiende que es una guía (una *norma*) que orienta la práctica social; mientras en el primer caso, la *regularidad* ha de ser explicada (de no ser que se postule que refleja la «norma», en cuyo caso el problema no hace más que rebotar), en el segundo, la constatación de que se dan «desviaciones» demuestra que la «norma» no es explicativa por sí sola.

Gracias a un esfuerzo creciente de contextualización, un número cada vez mayor de argumentos etnográficos demuestran en efecto que las «normas» (por vigentes que estén y por mucho que se apele a ellas tanto para explicar la realidad como para ir la conformando) no agotan la práctica. Una mayor atención a los sistemas divisibles, a menudo conceptualizados como «a partes iguales» demuestra, de un lado, que varias prácticas matizan el ideal de igualdad, introduciendo desigualdades de hecho: mejoras, correctivos introducidos por el hecho de la residencia (o no residencia) en el pueblo, etc.; por otra parte, que distintas estrategias (celibato, emigración, venta o arriendo a un hermano de las hijuelas de los otros) compensan de forma relativamente estable

en la primera, los padres podían mantener al presunto heredero en una situación de dependencia, e incluso de incertidumbre en relación a la persona que heredará realmente, en el segundo, donde las posibilidades laborales al exterior son mayores, tanto el traspaso del mando al frente de la explotación agropecuaria como la transmisión de parte de los bienes son inmediatas. De hecho, se prevee, en las capitulaciones matrimoniales presentadas por el autor, que el heredero y su esposa se quede con la mitad de los bienes en caso de ruptura con los padres.

(124) La tan perfecta congruencia de la norma con la práctica registrada por algunos investigadores (véase, por ejemplo, Lisón Tolosana (1971: 28); Barrera (1982)) no puede menos que obligar a interrogarse sobre los principios de construcción de ambos niveles. ¿Qué instrumentos se ha dado el investigador para evitar que esta similitud sea el producto afortunado —pero no sorprendente— de la metodología aplicada?

el efecto de la división patrimonial, en unos términos que, mirado desde el punto de vista de la «longue durée» y de la sociedad global, no hace este sistema de reproducción social muy distinto del que procede con un sistema de transferencias indivisible. Paralelamente, el reciente interés de algunos investigadores catalanes por el análisis de fuentes notariales, juicios de conciliación y reconstrucción de políticas económico-casales ilustran claramente las diferencias según se contemple desde un ángulo o el otro. Temas como el endeudamiento endémico, las dificultades con las que muchas casas se enfrentan para pagar la dote, el hecho de que se hereden no solamente parabienes sino también deudas y dificultades (un «fondo negativo» en palabras de Soronellas), el hecho de que —en contradicción con el ideal de mantenimiento de la integridad de la «casa»— se proceda de hecho a la venta de tierras patrimoniales, etc., obligan a subrayar la conveniencia de replantear la cuestión desde una perspectiva dinámica e histórica (125). En este sentido, es preciso valorar en su justa medida la advertencia de Comas cuando recuerda que las estrategias de transferencias de los bienes se dan, se perpetúan, o cambian, *dentro de los límites de/en respuesta a* una determinada distribución de la riqueza *ya existente* (126).

Estos muy diversos esfuerzos de contextualización (nivel de las fuerzas productivas y organización de la actividad económica, estudio de la formación social en su conjunto, estratificación socio-económica, circunstancias particulares, etc.) que deberían permitir ceñir con cada vez más precisión la realidad, restituyéndola la complejidad que la caracteriza, cuestionan a la postre no únicamente la operatividad y nivel de generalización de los modelos opuestos sino también la forma en la que se concibe el paso del uno al otro. Dedicaré estas últimas líneas a la discusión de este tema.

Varios autores destacan la rigidez con la que se aplica el sistema hereditario divisible (127). Los mecanismos de sucesión

(125) Roige i Ventura (1987); Soronellas (1987).

(126) Comas (1988).

(127) Freeman (1979); Gilmore (1980); Mira (1980).

igualitaria parecen de fácil aplicación y no dar lugar a prácticas sujetas a variaciones coyunturales importantes. Por el contrario, al ser su puesta en práctica más dependiente de otras variables (demográficas y económicas fundamentalmente), el sistema de heredero universal daría lugar a una gran variedad de situaciones intermedias, analizadas a menudo bajo la forma de *continuum*. Pero, las diferencias ¿son variantes dentro de un *tipo* claramente distintivo o conducen paulatina pero seguramente a su opuesto, negándolo como tal? Otra forma de plantear la cuestión consiste en establecer *secuencias históricas* entre las distintas formas. Rivas, por ejemplo, destaca en Zaragoza, en la actualidad, tres sistemas distintos: el «heredero universal», el «mejorado» y las «particiones iguales» (128); el segundo, de implantación más reciente que el primero constituiría la forma hacia la cual éste tiende a evolucionar, y del que se diferencia por la menor cantidad de los bienes transmitidos al beneficiario y por la mayor elasticidad con la que se le elige; argumentos similares distinguen a su vez al *mejorado* del que es «*distinguido* con la donación de la casa (y, a lo mejor, de una finca) a cambio de los servicios prestados para con los padres en las zonas aragonesas que practican el sistema hereditario divisible. De cualquier modo, bien se traten estas formas como «continuum» o bien se consideren como sistemas de «transición», en ambos casos se sigue partiendo de la idea de que existen *modelos puros*.

Bien es cierto que los nativos los conceptualizan a menudo de forma distinta y opuesta. El sistema divisible, por ejemplo, está frecuentemente denominado por los nativos «de partes iguales». Tanto Sanmartín como yo defendimos que, bajo este punto de vista, las desigualdades (de hecho) no contravienen necesariamente a la igualdad (a nivel ideal) en la medida en que sancionan el equilibrio entre *derechos y deberes* (129). No obstante, incluso admitiendo que el modelo ideal (y/o legal) responda a esta imagen dicotómica, acabamos de señalar que varias estrategias matizan las fronteras *en la práctica*: mientras el hecho de que hermanos

(128) Rivas (1986: 76).

(129) Devillard (1981: 1985); Sanmartín (1982).

vendan o arriendan su parte del patrimonio al que se queda en el pueblo, y que casas y parcelas se den a título de mejora introduce procesos de concentración donde se supone que prima su ausencia, el endeudamiento y la venta de parcelas (tal vez más frecuente de lo que la «*ideología* [continuista] *de la casa*» permite entrever) fragmenta el patrimonio supuestamente indivisible (130). A mi modo de ver, el problema pues no radicaría tanto en negar que se den diferencias (también se argumenta a menudo que la socialización de los hermanos varía en función de la práctica hereditaria dominante) como en que se establezca una *relación de orden* entre el nivel práctico y el nivel normativo según la cual éste último es más «real» que la práctica, o dicho de otro modo, da mejor cuenta de la *idiosincrasia* de los nativos.

En efecto, tal vez la pregunta final a la que llevan todas las discusiones precedentes sea la siguiente: en nuestras caracterizaciones de las relaciones de parentesco ¿no irá el afán de *diferenciar* tipos distintos de organización doméstica y familiar en detrimento de un mejor conocimiento de la *complejidad*? La cuestión —espero haberlo dejado claro— no se resuelve invirtiendo pura y sencillamente los focos de atención sino restableciendo la *dialéctica* entre todos los niveles de realidad y reintroduciendo la plasticidad y fluidez de los arreglos humanos, *junto a la continuidad*. Bourdieu nos invita a ello al recordar «la inadidada de los debates que se engendran en la alternativa académica de la permanencia y de la alteración, de la estructura y de la historia, de la reproducción y de la «producción de la sociedad», y que tienen como principio real la dificultad de admitir que las contradicciones y las luchas sociales no están todas ni siempre en contradicción con la perpetuación del orden establecido; que, más allá de la antítesis del «pensamiento por parejas», la permanencia puede estar asegurada por el cambio y la estructura perpetuada por el movimiento» (131).

Guiada por la expresa intención de poner de relieve estos aspectos, he procurado analizar a lo largo de estas líneas los

(130) Comas, Matrimonio, patrimonio... (*en prensa*).

(131) Bourdieu P., *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Ediciones Taurus, 1988.

instrumentos de los que nos valemos para su estudio (conceptos, nivel de análisis), la naturaleza del parentesco y de la familia en España, las interferencias entre este ámbito de relaciones y las relaciones económicas, las variaciones de la organización familiar en función de la situación doméstica, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de la estratificación social, y de la articulación con la formación social, variables todas ellas históricamente.

En este contexto, las unidades de residencia, el matrimonio, el celibato, la transmisión de los bienes por herencia, y hasta el propio reconocimiento y valorización de las relaciones de parentesco, lejos de presentarse como simples productos de normas, aparecieron bajo la forma de respuestas definidas históricamente, de *estrategias*, como productos que son de los *habitus* adquiridos (en función de una determinada coyuntura económica, demográfica, social, etc., y del marco normativo, legal y/o consuetudinario) y de su confrontación con un contexto presente a menudo distinto y cambiante.

Bibliografía

- BARRERA, A. (1981): *Casa, herencia y familia en la Catalunya Rural (lógica de la razón doméstica)*, Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (sin publicar).
- BEHAR, R. (1986): *Santa María del Monte. The Presence of the Past in a Spanish Village*, Princeton University Press.
- BESTARD CAMPS, J. (1986): *Casa y familia. Parentesco y reproducción social en Formentera*. Institut d'Estudis Baleàrics, Palma de Mallorca.
- BRANDES, S. H. (1975): *Migration, Kinship and Community: Tradition and Transition in a Spanish Village*, Academic Press.
- BRANDES, S. H. (1976): «La soltería, or Why People Remain Single in Rural Spain?», *Journal of Anthropological Research*, 32, 3, 205-233.
- CARO BAROJA, J. (1957): *Razas, pueblos y linajes*, Revista de Occidente, Madrid.
-

-
- COMAS D'ARGEMIR, D. (1980): «Sistema d'herència i estratificació social: les estratègies hereditàries al Pirineu Aragonès», *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 2, 25-55.
- COMAS D'ARGEMIR, D. (1987): «Rural Crisis and the Reproduction of Family Systems. Celibacy as a problem in the Aragonese Pyrenees», *Sociologia ruralis*, 1987, vol. XXVII, 4.
- COMAS D'ARGEMIR, D. (1988): «Household, Family and Social Stratification: Inheritance and Labor Strategies in a Catalan Village (Nineteenth and Twentieth Centuries)», *Journal of Family History*, 13 (1).
- COMAS D'ARGEMIR, D. (...): «Matrimonio, patrimonio y descendencia. Algunas hipótesis referidas a la península ibérica», *Publicaciones de la Universidad de Murcia* (en prensa).
- COMES, P. (1972): «Enfermedad y muerte en el familismo rural», *Ethnica*, 3: 30-49.
- CUCÓ, J. (1982): *La tierra como motivo. Propietarios y jornaleros en dos pueblos valencianos*, Institució Alfons el Magnànim, Diputació de València.
- DEVILLARD, M. J. (1981): *Aspectos antropológico-sociales en Castilla y León (La casa en dos comunidades rurales: Cabeza de Framontanos y Trabanca)*, Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Política y Sociología, Madrid (sin publicar).
- DEVILLARD, M. J. (1985): «El grupo doméstico: Reproducción y no-reproducción en Macotera y Villarino de los Aires», *Salamanca. Revista Provincial de Estudios*, 15: 205-236.
- DEVILLARD, M. J. (1987): «Consideraciones en torno al análisis del grupo doméstico», IV Congreso de Antropología (González Echegaray A., Comas D'Argemir D. (ed.), *Familia y parentesco. Estudios desde la antropología social*, Generalitat valenciana, Valencia, en prensa).
- DEVILLARD, M. J. (1988): «Variaciones contextuales y estabilidad en la construcción de los géneros», VII Jornadas de investigación interdisciplinaria (Gómez Ferrer G., Maquieira V., Ortega López, M. (ed.), *Mujeres y hombres en el pensamiento occidental*, Tomo II, Antropología e Historia, Publicaciones del seminario de la mujer, Ediciones de la Universidad de Madrid, 1989).
-

-
- DOUGLASS, W. A. (1973): *Muerte en Murélagu*, Barral Editores.
- DOUGLASS, W. A. (1977): *Oportunidad y éxodo rural en dos aldeas vascas*, Editorial Auñamendi Argitaletza, San Sebastián.
- DOUGLASS, W. A. (1978): «Muchachas de servicio y pastores: emigración y continuidad en una aldea vasca», Douglass, W. A., Aceves, J. B., *Los aspectos cambiantes de la España rural*.
- FLAQUER, L. (1984): «Evaluación crítica de las distintas metodologías para el estudio de las familias troncales campesinas», Sevilla, Guzmán, E. (Coord.), *Sobre agricultores y campesinos*, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, Madrid.
- FREEMAN, S. T. (1970): *Neighbors, The Social Contract in a Castilian Hamlet*, The University of Chicago Press.
- FREEMAN, S. T. (1979): *The Pasiegos: Spaniards in No Man's Land*, University of Chicago Press, Chicago.
- FRIGOLE REIXACH, J. (1974): «Estructura social y diferenciación socio-cultural: el sistema matrimonial y de herencia», *Ethnica*, 7: 89-120.
- FRIGOLE REIXACH, J.; NAROTSKY, S.; CONTRERAS, J. (1983): *Antropología hoy*, Teide, Barcelona.
- GALVÁN TUDELA, A. (1980): *Taganana. Un estudio antropológico social*, Santa Cruz de Tenerife.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1975): *Organización del espacio y economía rural en la España Atlántica*, Siglo XXI.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1975): «Formas de explotación», Seminario de historia agraria, Fundación Juan March.
- GILMORE, D. (1980): *The People of the Plain: Class and Community in Lower Andalusia*, Columbia University Press, New York.
- GREGORY, D. D. (1978): *La Odisea Andaluza: una Emigración Intereuropea*, Tecnos, Madrid.
- ISZAEVICH, A. (1981): «Corporate Household and Ecocentric Kinship Group in Catalonia», *Ethnology*, 20, 4, 277-290.
- JOCILES, M. I. (1989): *La casa en la Catalunya Nova*, Ministerio de Cultura.
-

-
- KENNY, M. (1969): *A Spanish Tapestry. Town and Country in Castile*, Peter Smith.
- LISÓN ARCAL, J. C. (1986): *Cultura e identidad en la provincia de Huesca*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1966): *Belmonte de los caballeros*, Oxford University Press.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1971): *Antropología cultural de Galicia*, Madrid: Siglo XXI.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1974): «Estrategias matrimoniales, individuación y *ethos* lucense», *Perfiles simbólico-morales de la cultura gallega*, Akal.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1976): «Estructura antropológica de la familia en España», Rof Carballo (ed.), *La familia, diálogo recuperable*, Karpos, Madrid.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1976): «The Ethics of Inheritance», Peristiany, J. G. (ed.), *Mediterranean Family Structures*, Cambridge University Press.
- LUQUE BAENA, E. (1974): *Estudio antropológico social de un pueblo del Sur*, Tecnos.
- LUQUE BAENA, E. (1981): «Perspectivas antropológicas sobre Andalucía», *Revista de Sociología*, 16: 13-51.
- LUQUE BAENA, E. (1982): «Las Hurdes: apuntes para un análisis antropológico»9, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 17: 7-37.
- MARTÍNEZ VEGA, U. (1985): *La ecología cultural de una población de agricultores*, Editorial Mitre.
- MIRA, J. F. (1972): «Cambio social y organización familiar: un caso valenciano», *Ethnica*, 3: 101-120.
- MIRA, J. F. (1973): *Un estudi d'antropologia social al país valencià. Els pobles de Vallalta i Miralcamp*, Ediciones 62 s/a, Barcelona.
- MIRA, J. F. (1980): «La estrategia matrimonial: un difícil equilibrio», *Vivir y hacer historia*, Ediciones Península.
- MORENO NAVARRO, I. (1972): *Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía*, Siglo XXI.
- MORENO NAVARRO, I. (1973): «Familia y estratificación social en un pueblo de la Baja Andalucía», *Revista de Estudios Sociales*, 8: 223-250.
-

-
- NAROTZKY, S. (1988): *Trabajar en familia. Mujeres, hogares y talleres*, Edicions Alfons El Magnànim.
- NAROTZKY, S. (...): «*Not to be a burden: Ideologies of the Domestic group and Women's Work in Rural Catalonia*», en: Collins, J., Giménez, M. (Eds.), *Work Without Wages: Comparative Studies of Housework and Petty Commodity*, State University of New York Press, New York (*en prensa*).
- NAVARRO ALCALÁ-ZAMORA, P. (1979): *Mecina (La cambiante estructura social de un pueblo de Alpujarra)*, C.I.S.
- OTEGUI PASCUAL, R. (1985): «Apuntes antropológicos sobre la casa en Teruel», *Teruel*, julio-diciembre, 74.
- OTEGUI PASCUAL, R. (1986): *Aspectos Antropológicos de la casa en la provincia de Teruel*, Instituto de estudios turolenses.
- OTEGUI PASCUAL, R. (1983): *Estrategias e identidad en la provincia de Teruel*, Instituto de Estudios Turolenses (CSIC), *en prensa*.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1972): *Estructura social del campo y éxodo rural. Estudio de un pueblo de Castilla*, Tecnos.
- PITT-RIVERS, J. A. (1954): *The People of the Sierra*, Weidenfeld and Nicolson (*Los hombres de la sierra*, Grijalbo, 1970).
- PITT-RIVERS, J. A. (1963): «Introduction», en Pitt-Rivers, J. (Ed.), *Mediterranean Countrymen*, Mouton & Co., Paris-La Haye.
- PRAT, J. (1973): «Estructura y conflicto en la familia pairal», *Ethnica*, 6: 133-180;
- ROIGE I VENTURA, X. (1987): «Herencia conflictiva y precariedad económica. Tensiones familiares en el Priorat (siglo XIX)», IV Congreso de Antropología (González Echegaray A., Comas D. Argemir D., (ed.), *Familia y parentesco. Estudios desde la antropología social*, Generalitat Valenciana, Valencia, *en prensa*).
- SANMARTÍN ARCE, R. (1980): «Simulación por computador de un modelo para el análisis de la estrategia matrimonial y hereditaria en una comunidad mediterránea», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 12: 87-116.
- SANMARTÍN ARCE, R. (1982): *La Albufera y sus hombres*, Akal Universitaria.
-

SEVILLA GUZMÁN, E. (1979): *La evolución del campesinado en España*, Ediciones Península.

SEVILLA GUZMÁN, E. (1979): «El campesinado: elementos para su reconstrucción teórica en el pensamiento social», *Agricultura y sociedad*, 27, 33-79.

SORONELLAS MASDÉU, M. (1987): «Heredar o ser excluido. Formas de acceso a la propiedad y diversificación de actividades económicas», *Actas del IV Congreso de Antropología* (en: González Echegaray A., Comas D'Argemir D., (ed.) *Familia y parentesco. Estudios desde la antropología social*, Generalitat Valenciana, Valencia en prensa).

VALDÉS DEL TORO, R. (1976): «Ecología y trabajo, fiestas y dieta en un consejo del occidente astur», Lisón Tolosana C. (ed.), *Temas de Antropología Española*, Akal Editor.

RESUMEN

Más de dos décadas de investigación antropológica han permitido reunir un abundante material sobre la familia y las relaciones de parentesco en España. En el presente artículo, se intenta hacer el balance de la cuestión poniendo especial énfasis en la doble necesidad de reconstruir las condiciones históricas, tanto internas como externas, que subyacen el surgimiento, perpetuación o desaparición de las prácticas culturales, y de restituir la complejidad analizando el juego entre dichas condiciones, las normas y los usos sociales efectivamente actualizados. A partir de esta premisa, y desde el marco específico que ofrece la comparación intercultural (y, si cabe, inter-histórica), se procura clarificar (y, en su caso, replantear) discusiones relacionadas con los tipos de familia y los sistemas de herencia, la residencia y el grupo doméstico, el matrimonio y el celibato, etc. Asimismo se precisan las relaciones entre el parentesco y los demás niveles de la realidad social, el económico en particular, destacando la forma variable en la que interactúan y la medida en la que la dimensión simbólica de las primeras constituye la principal garantía para su instrumentalización oportuna en otros marcos.

RÉSUMÉ

Plus de deux décades de recherches anthropologiques ont permis de rassembler un matériel très abondant sur la famille et les relations de parenté en Espagne. L'objet de l'article présent est de faire le bilan de la recherche en mettant l'accent sur la double nécessité de reconstruire les conditions historiques, aussi bien internes qu'externes, dans lesquelles s'inscrivent l'apparition, le maintien ou la disparition des pratiques culturelles, et de restituer la complexité par l'analyse du jeu qui s'instaure entre les dites conditions, les normes et les usages sociaux effectivement actualisés. Cette prémisses étant donné, et grâce au cadre spécifique que la comparaison interculturelle (et, quand c'est possible, inter-historique) permet, on essaie de clarifier (ou, si cela s'avère nécessaire, de poser dans des nouveaux termes) les discussions relatives aux types de familles et aux systèmes d'héritage, à la résidence et au groupe domestique, au mariage et au célibat, etc. Parallèlement, on essaie de préciser les relations entre la parenté et les autres niveaux

de la réalité sociale, l'économique en particulier, en montrant comment ils interagissent de manière variable ainsi que la manière dont la dimension symbolique des premières constitue leur principale qualité pour être utilisées dans des ordres de faits différents.

SUMMARY

More than two decades of anthropological research have produced abundant material on family and kinship relations in Spain. This article tries to take stock of the subject giving special emphasis to the double need to reconstruct the internal and external historical conditions underlying the emergence, perpetuation or disappearance of cultural practices, and to restore the complexity by analyzing the interplay between these conditions, the norms and social uses effectively brought up to date. On the basis of this premise, and from the specific perspective offered by intercultural comparison (and, if it fits, inter-historical), it is possible to clarify (and, where appropriate, reconsider) discussions concerning types of family and systems of inheritance, residence and the domestic group, marriage and celibacy, etc. Also are explained the relations between kinship and the other levels of social reality, particularly the economic, emphasizing the variable form in which they interact and the measure in which the symbolic dimension of the first provides the main guarantee for their appropriate instrumentalization in other fields.

